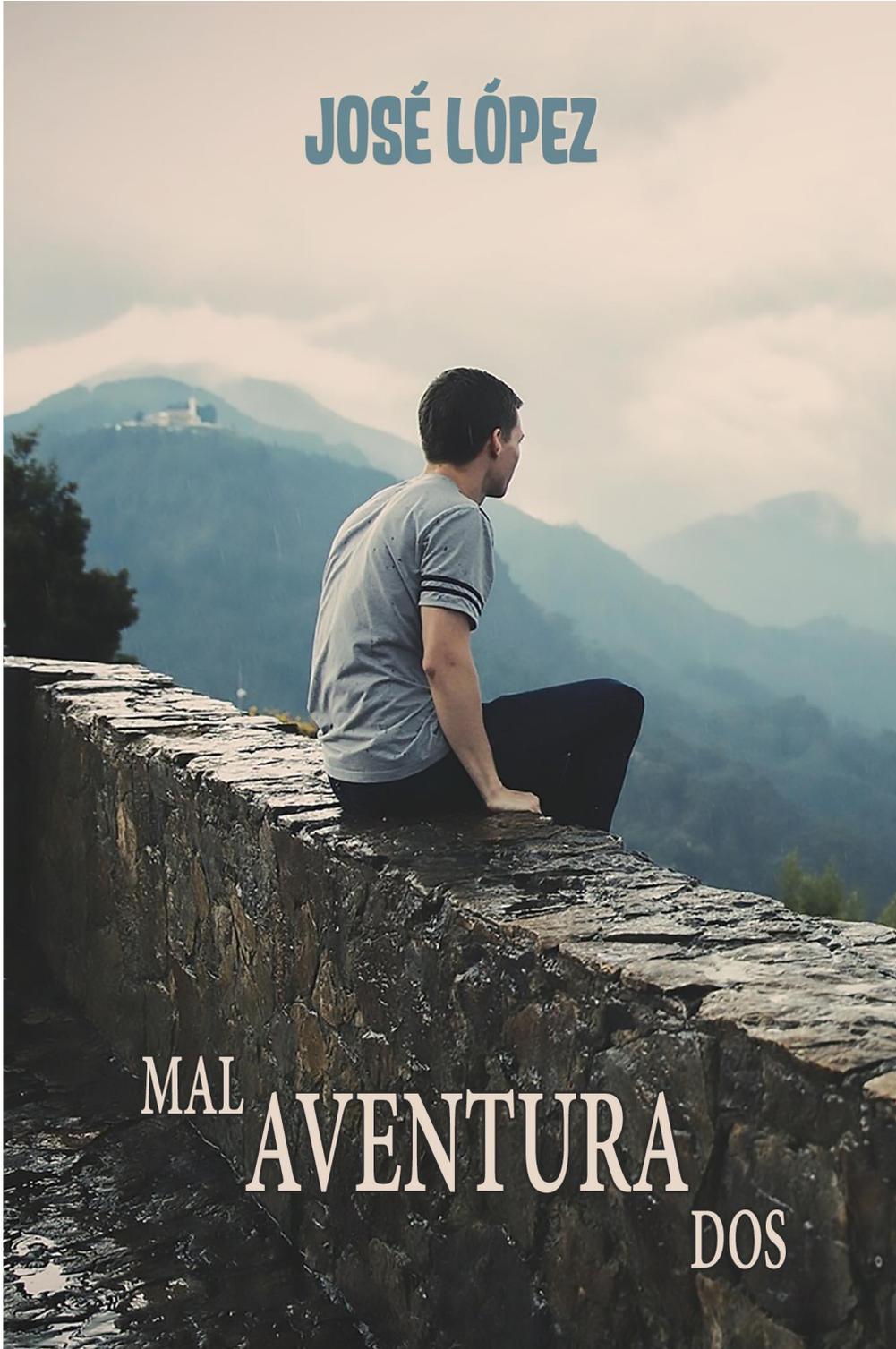


Malaventurados

Dark Void

JOSÉ LÓPEZ



MAL
AVENTURA
DOS

Capítulo 1

DANIEL

19 de septiembre de 2014

Tres de la tarde.

Después de comprobar la hora, salí del instituto con una velocidad que dejaría perpleja a cualquier persona. Y si no me creen, pregúntenle a la bibliotecaria que soltó un grito enorme en el momento en que coloqué sobre su escritorio los libros que utilizaba para buscar información útil para mi proyecto de grado. No sé si gritó al verme con prisa, porque se le cayera uno de esos libros o alguna otra cosa, pero ieseñora, por favor, respete las reglas, en la biblioteca debe hacerse silencio!

Una vez fuera, me reclamé internamente por haber roto mi propio récord en ser descuidado y olvidadizo. Aunque podríamos decir que esta vez fue por culpa de las clases y los profesores que casi no nos dejan respirar con sus malditos trabajos de investigación que, según ellos, son necesarios para poder graduarnos. Jamás entenderé el sistema educativo. Se ahorrarían muchos problemas si graduaran a los estudiantes del último año sin joder tanto.

Como sea. Sé que están preguntándose por qué me quejo tanto y llevo prisa. Es porque, después de tantos intentos, finalmente podré reunirme con mis mejores amigos en una especie de día de campo. ¡Joder! Aunque no recuerdo cuándo, pero ha pasado bastante tiempo desde la última vez que compartimos todos juntos, riendo como idiotas hasta que el estómago nos doliera y se nos salieran las lágrimas, o quejándonos de la asquerosa vida de adulto que estaba pisándonos los talones. Lo único que deseábamos era volver a ser niños, viviendo sin más preocupación que comer, dormir, jugar y hacer las tareas de la escuela.

Llegué al aparcamiento de bicicletas y retiré la mía. La única que quedaba.

Me sentía extraño. A pesar de que había comprado esta bici hacía ya dos años, era la primera vez que la traía conmigo. Y lo hice solo porque planeaba volver a casa, dejar mis cosas y cambiarme de ropa para no tener que ir con el uniforme a la reunión. Tenían que ver la cara de sorpresa de mi mamá cuando me vio sacar la bici del garaje. «Daniel, ¿y ese milagro? Creí que no viviría para ver el día en que usarías tu bicicleta» fue lo que comentó. Mamá, créeme, si no fuera por el día de hoy, tus ojos no habrían sido testigos de algo así.

La verdad era que no me gustaba utilizarla. Prefería movilizarme a pie o en transporte público que montar bicicleta. El motivo por el cual la compre

fue meramente por capricho. Además de ser un descuidado de primera, vivo con la absurda necesidad de coleccionar cosas que pasarán el resto de sus vidas amontonadas en el garaje o mi cuarto, cubriéndose de polvo.

Al subir a la bici, comprobé la hora una vez más. Mierda, tengo solo quince minutos. Ya no me da chance de volver a casa.

Por suerte, el lugar donde me reuniré con los chicos se encuentra a solo unas cuadras de aquí. Esas eran las ventajas de vivir en una ciudad pequeña. Todo estaba, como quien dice, a la vuelta de la esquina. Lo que me preocupa es que el hermoso y precioso sol veraniego—nótese el sarcasmo—está saludándome desde lo alto del cielo, ¿o quizá se está burlando de mí porque gracias a él había un calor magistral por toda la ciudad?

Sacudí la cabeza y comencé a pedalear. Mis preocupaciones de destrucción física se esfumaron en el momento en que la brisa hizo acto de presencia como si me dijera «No te preocupes, estoy aquí para acompañarte». Lo único que no podré evitar es que mi pelo se alborote un poco. Aunque se quejan de que me lo dejo crecer demasiado, yo solo digo que es rebelde. Tener un cabello ondulado es un desafío que no todos suelen soportar.

Y si hoy está jodiendo mucho, la gorra en mi bolso será la solución.

Llegué con diez minutos de anticipación. Se los dije, el trayecto sería corto.

A pesar de no haber sudado, saqué un pañuelo que solía cargar conmigo para todas partes y lo pasé por mis brazos, cuello y rostro, mientras decidía que lo sabio era encontrar un lugar con la mayor sombra posible para esperar a los muchachos. Algo que no sería difícil dadas las características del parque.

La mayoría de las zonas estaban cubiertas por distintos tipos de árboles, por lo que la sombra abundaba por donde fuera que miraras. Y aquellos lugares donde la protección natural no tenía permitido llegar, habían sido preparados para proveer el confort de las personas que disfrutaban pasar el tiempo aquí. Gente, que por cierto, no era poca. Era un milagro venir al parque y no ser capaz de ver a nadie. No importaba la hora, siempre y cuando el parque no estuviese cerrado, este lugar estaría lleno.

Se trataba de uno de los parques más grandes y famosos de la ciudad. En puntos estratégicos había tiendas que satisfacían las necesidades inmediatas de todos: dulcerías, puestos de comida rápida, sanitarios, tiendas de recuerdos, cubículos de fotografías, y otras cosas más que me daría fastidio mencionar, pero sé que se imaginan más o menos cómo sería un parque así. Existían quienes lo llamaban un centro comercial al

aire libre. ¡La gente inventa cada cosa!

Un par de miradas me fueron suficientes para divisar el espacio perfecto para nuestro picnic. Un extremo del parque en el que había dos tiendas de dulces y varios bancos posicionados en círculo y en el centro un pequeño árbol que cumplía el rol de un paraguas natural.

A los cinco minutos de haberme sentado en uno de los bancos y empezado a relajarme, mi celular sonó. Un mensaje. Al ver que ya eran las tres y media de la tarde, no me fue difícil saber que era el que escribía.

«¿Dónde estás?», decía su mensaje. En cuestión de segundos le indiqué mi ubicación, sonriendo como idiota y controlando los temblores de mi pierna derecha que se activaban solo cuando me atacaban los nervios. Unos nervios que tendrían sentido si hubiese venido aquí con la intención de conocer en persona a alguien con quien llevaba tiempo hablando por redes sociales o si estuviese a punto de tener una cita... Y puedo asegurarles que si fuese una de esas dos cosas, estaría asombrosamente relajado.

—¿Qué onda, bro?

Desde la distancia, pasando entre algunas personas que iban caminando a paso de tortuga, apareció José David. Saludó inmediatamente al verme.

—Aun si no hablabas, el bolso y la chaqueta me habrían avisado que eras tú aunque estuvieras a un kilómetro de distancia —comenté, estrechando la mano que había extendido al llegar donde estaba yo.

—Es una ventaja, ¿no? —dijo con una risa firme que revelaba todos sus dientes.

Yo no exageraba. Este pequeñín delante de mí (soy mayor que él solo por dos años, pero desarrollé la extraña costumbre de llamarlo así, y como nunca le molestó por ello, así se quedó) al salir de su casa llevaba consigo dos cosas que se podrían considerar vitales para él. Una mochila, no importaba si estaba vacía, y una de sus aparentemente interminables chaquetas. Tenía una amplia colección.

Cualquiera que entrara al cuarto de José David se daría cuenta que podría faltar lo que sea, pero jamás una chaqueta. La amaba como si fuese su vida. Estaba tan obsesionado por ellas que ya ni siquiera era necesario preguntarle qué le gustaría de regalo de navidad o cumpleaños. La respuesta era obvia. Había sido la misma durante todos estos años.

Ni siquiera le importaba que el día que le tocase salir hiciera un calor de los mil demonios, una chaqueta era obligatoria. Palabras del mismo

Gabriel, hermano mayor de José David.

Y hablando de Gabriel...

—¿Y tu hermano? —pregunté al darme cuenta que José David no venía acompañado.

—Verás —bajó la mirada. En su voz se podía percibir que estaba apenado—. De camino para acá, mi papá llamó a Gabriel y le dijo que lo necesitaba en la agencia.

—Entiendo.

Fue mi respuesta. Aunque debo admitir que no me convencía mucho lo que me estaba diciendo—lo que suelen llamar sexto sentido estaba activado, atento de cualquier intento de engaño—mi estado de ánimo se redujo ligeramente. El solo hecho de pensar que nos jodimos tanto por esta salida que tuvimos que posponerla muchas veces como para que a último momento ocurriera algo inesperado me deprimía un poco. Es cierto eso que dicen que mientras más planifiques algo, menos se da.

—Es una lástima que no viniera. Cuando el deber llama, solo te queda responder al llamado —concluí.

—Sí... Pero más triste es que te creyeras algo tan superficial, Dan.

—No me estés haciendo cosquillas, Gabo. Las odio con todas mis fuerzas. Volteé por reflejo ante la sensación de un dedo presionándome el costado. El chico por el que acababa de preguntar estaba allí.

A pesar que había una diferencia de dos años, se podría decir que físicamente él y su hermano eran idénticos. Cualquiera podría pensar que eran gemelos. De vez en cuando se organizaban para intercambiar lugares y engañar a la gente. Pero los que llevábamos años conociéndolos sabíamos la verdad.

Mientras ejecutaba el saludo personal que Gabriel y yo teníamos, uno que iniciaba con un amago de abrazo y una serie de movimientos de mano que concluían con el choque de nuestros puños, hablé.

—Espero no hayas pensado que una mentira tan barata iba a funcionar contra mí. Yo solo quería ver hasta dónde podrían sostener su cuento chino.

—Sí, sí. Cómo tú digas, señor intuición. En tu cara se ve que eso no te funcionó esta vez.

—Cree lo que quieras... Vengan, tengo una reservación para nosotros.
—¿Reservación? —preguntó Gabriel, alzando una ceja.

—Obvio, vamos —dije, señalando detrás de mí. La bicicleta servía de señal para que nadie creyera que el lugar no estaba ocupado y se sentaran allí. Gabo sacudió la cabeza como si dijera «Tú y tus ocurrencias», y se sentó conmigo en uno de los bancos.

José David prefirió un lugar más natural. Se acostó en el pasto bajo uno de los árboles a nuestro alrededor. Sacó su celular y comenzó a jugar con él, ignorándonos por completo. Los auriculares en sus oídos nos advertían sutilmente que no lo molestáramos hasta que no estuviéramos todos reunidos. Tampoco es que pensáramos hacerlo...

Gabo y yo conversamos un poco de la situación en nuestros institutos. Teníamos a la vuelta de la esquina nuestra graduación y ni siquiera habíamos dedicado tiempo para pensar en los planes a futuro. Si simplemente asistir a la universidad o trabajar y estudiar al mismo tiempo. Ir preparando el terreno en el campo laboral, acumulando experiencia poco a poco para cuando fuera el momento de la verdad, no sufrir como muchas personas que acaban de obtener su título profesional y no encuentran un trabajo acorde a sus conocimientos porque a las empresas se les ocurre la maravillosa idea de solicitar gente joven pero con la experiencia de un adulto a punto de jubilarse.

Claro, aunque Gabriel normalmente no necesitaría preocuparse por algo así. Él era hijo de unos de los empresarios más influyentes de la ciudad. Sus padres eran dueños de una agencia publicitaria de amplio alcance y, tanto él como su hermano, crecieron rodeados de una vida, digámoslo así, sencilla.

Sin embargo, al chico que estaba conversando conmigo no le gustaba la idea de tener cosas sin el más mínimo esfuerzo. Su postura sobre el tema ya la había dejado clara, descartando completamente el beneficio que podría aportar su familia. Sus resultados académicos eran su forma de darles a entender a todo el mundo que podría valerse por sí mismo. Además, no estaba solo. Nosotros, sus amigos, lo apoyaríamos en cada paso que diera.

—¡Muchachos, cuánto lo siento!

A tan solo diez minutos de las cuatro de la tarde, una voz femenina, algo agitada, interrumpió nuestra conversación. La única mujer del grupo estaba haciendo acto de presencia.

—Tres, dos, uno —susurramos Gabriel y yo al mismo tiempo al ver cómo Carla se acercaba a los bancos, y continuaba hablando.

—Hoy el día fue un infierno. Los clientes de hoy empezaron a discutir cambios de último momento. Cambiamos toda la agenda porque, según ellos, lo que había programado no encajaría con lo que querían lograr. Recorrimos centros comerciales, visitamos el zoológico y luego regresar a la agencia para editar todo el material y completar el trabajo...

—Carla... Carla. Nos alegra mucho verte y que te esté yendo bien en tu trabajo —la interrumpió Gabriel, invitándola a sentarse, y ofreciéndole una Coca Cola a cambio de todas las cosas que ella cargaba consigo. De un solo trago, Carla se bebió gran parte del refresco y recuperaba un poco el aliento.

José David, al ver la escena, se levantó. Guardando el celular y los auriculares en su bolso, saludó a Carla y la abrazó.

—Pequeño, te extrañé un mundo. Verte la cara es un desafío últimamente.

—Je, je. Sabes que no me gusta salir —respondió José, rascándose la cabeza. A pesar del movimiento, su cabello castaño, notablemente similar al de su hermano, no se desorganizaba. Dichosa la gente de pelo lacio.

—Míralo, míralo —le susurré a Gabriel.

—¿Qué?

—Los ojos. Empezaron a brillarle en lo que vio a Carla... Como que ya encontraste cuñada.

—Puedo oírlos, par de idiotas. ¡Hola, Jorge!

—Hola, David... Por fin, alguien que se acuerda que existo.

—Deja los dramas, Jorge. ¿Quieres un besito y un abrazo? —comenté.

—¿Cariño, tal vez, porque te dejó la novia? —Gabriel me siguió la corriente.

—No. No. ¡Quédense quietos los dos! Estoy bien, gracias.

Jorge. El mayor de nosotros y casanova del grupo. Cada uno de nosotros tenía algo que nos caracterizaba. Si Carla era buena para las fotografías, Gabo, inteligente y apuesto, José David, hábil en los videojuegos, y yo, distraído y un poco pendejo... Jorge tenía un extraño don de enamorar a cuanta mujer se le cruzase por el camino. Su defecto: las relaciones no duraban nada. Siempre ocurría algo. O él se aburría de la chica y la cambiaba, o lo encontraban siendo «infiel», se hacía la víctima y afirmaba

no saber en qué actuó mal.

Lo misterioso de todo era que, a pesar de eso, él no había conseguido mala fama.

—Chicos —habló Carla después de estar totalmente renovada—. Como ya estamos, pienso que deberíamos aprovechar el tiempo. No todos los días podemos reunirnos y compartir a la antigua. Además, Jorge...

—¿Sí?

—Tienes clase más tarde, ¿no?

—Así es.

—Con más razón. No perdamos más tiempo.

Capítulo 2

GABRIEL

19 de septiembre de 2014

No sabía que necesitaba esto hasta hoy.

El día salió mejor de lo que imaginé. Podría decirse que fue perfecto. Compartir con los muchachos hizo que me olvidara casi por completo de la discusión que tuve con mis padres esta mañana sobre sus intenciones de controlar mi vida. No sé si es porque estoy a punto de graduarme y ser mayor de edad, pero están comenzando a ser más exigentes de lo normal.

Está bien que quieran moldearme para ser como ellos—algo que hacen en vano, ya que, independientemente de todos sus esfuerzos, no lograrán convertirme en un robot que siga sus pasos—, puedo tolerar eso. Pero que sus planes incluyan alejarme de las personas que de verdad me importan es algo que no le permitiré a nadie, ni siquiera a ellos. Para mí, mis amigos eran lo único que me daban las fuerzas necesarias para continuar en este mundo que no cesaba en sus intentos de ahogarme. No la familia.

Muchos dicen que la familia lo es todo, pero eso es más falso que las promesas que los políticos hacen cuando están en sus campañas electorales.

Sí, no niego que haya excepciones a esa regla, donde tú familia sea de la clase de personas que te apoyan en todo, se preocupan por ti, y te demuestran que te aman. Pero mis padres no entran en esa diminuta lista. Ellos, a lo sumo, se preocupan por sí mismos, por sus riquezas, y mantener una imagen y un apellido intachables. Solo aparentan ser la familia perfecta cuando la situación lo amerita.

Es triste no poder hacer algo al respecto.

Cambiar el pasado es imposible. Solo nos queda buscar una manera de compensar los daños ocurridos con acciones del presente y así avanzar hacia un futuro en el que podamos sentirnos bien con nosotros mismos y el mundo. Tal como he estado haciendo.

Y aunque últimamente he sentido que la fuerza y las ganas por seguir enfrentándome a todos los obstáculos que aparecen frente a mí abandonan mi cuerpo, la reunión de hoy me permitió recordar el motivo por el que estoy luchando. Renovándome. Dejándome como nuevo.

—Yo me quedaré otro rato —dije al ver que los muchachos recogían todo

y se preparaban para irse.

—¿Estás bien? —preguntó Carla, acercándose y tocándome la frente como si comprobara mi temperatura—. ¿José?

Mi hermano se encogió de hombros.

—Estoy bien. Solo quiero disfrutar un poco de este día.

Todos me miraron, confundidos. Daniel exageraba con su expresión. Inclina la cabeza hacia un lado.

—Estás actuando extraño.

La evaluación de Carla se intensificó en el instante en que entrecerró sus ojos. El color verde de sus pupilas reflejaba sus dudas. «Sé que algo te pasa, y aunque lo intentes, no podrás ocultarlo de mí», decía con su mirada.

Era mi mejor amiga y única mujer que me conocía más que a mí mismo. Pero a pesar de los años que hemos compartido juntos, el terror que me generaba el hecho de que viera a través de mí con tanta facilidad siempre estaba presente. La intuición femenina es una enemiga formidable.

—No sé qué pasa por tu mente —comentó con un suspiro—. Y no puedo quedarme más tiempo para descubrir lo que es. Agradecele a mi trabajo y todas las cosas que tengo que preparar para mañana por salvarte de mi interrogatorio.

—¿Tu mamá sigue enojada contigo? —La oportunidad de desviar el tema, y aplacar la tensión que esta mujer había generado, llegó por sí sola.

—Uff. No imaginas cuánto. Si no fuera porque estoy ganando dinero y colaborando con los gastos de la casa, créeme que hace mucho que la situación hubiese escalado a mayores. Pero... por lo menos sobrevivo. ¿Jorge?

—¿Lista? —preguntó Jorge en cuanto Carla le miró—. Bueno, chicos. Nos vemos otro día. Espero que la próxima reunión no tome tanto tiempo.

—Adiós.

Ambos caminaron hacia la salida más cercana que tenía el parque. Siempre he dicho que ellos dos hacen bonita pareja.

Por un lado teníamos a Carla, una diosa terrenal. Ella poseía una piel tan clara, suave y de aspecto frágil hacia que a uno le preocupara que los rayos del sol fuesen perjudiciales para ella, además de un cabello dorado

que despertaba la envidia de todo aquel que la mirase; independientemente si se trataba de hombres o mujeres. Por el otro, Jorge, alto y moreno. Se mantenía en forma ya que desde pequeño se ha dedicado a los deportes.

Estar ante ellos era similar a contemplar a un atleta olímpico y a una modelo de revista.

Los muchachos y yo siempre les decíamos que un hijo de ambos sería algo al que la palabra hermoso le quedaría pequeño. Sin embargo, ellos se lo tomaban con humor y reían a carcajadas. «Primero muerta» o «Ella es demasiado alta para mi gusto» era parte del repertorio de palabras que salían de sus bocas después de intercambiar miradas de ligero desagrado.

—José. —Desvié la mirada luego de no ser capaz de visualizar a mis dos amigos. Le hablé a mi hermano—. Si quieres llama a Mario para que pase a recogerte. Sé que... ¿Podrías esperar que termine, al menos?

Como si lo hubiese estado esperando, José David sacó su celular y se alejó de nosotros para llamar a nuestro chofer.

—Dan, si gustas, puedo pedirle a Mario que te deje en tu casa.

—No, yo también me quedo —respondió—. Además, recuerda que traje mi bici.

—Cierto... Olvidaba que la estabas estrenando.

—No vas a empezar como mi mamá.

—Está bien. —Usé mi mano derecha para simular que mi boca tenía cremallera y la estaba cerrando—. No he dicho nada.

Después de despedirnos de José David, e indicarle a Mario que les dijera a mis padres que no se preocuparan por mí, propuse dar un recorrido por el parque. No porque me aburriera el lugar, sino porque creía que era momento de estirar la piernas.

En cuestión de minutos, la noche cayó. Era como si hubiese estado esperando todo este tiempo a que el sol comenzara a ocultarse en el horizonte para ella abalanzarse sobre él, acelerando su despedida.

—Busquemos un lugar menos iluminado —comenté casualmente mientras pasábamos por el centro del parque, y veía la luz de los faroles que se reflejaba en el agua de la fuente.

—¿Eh? ¿Por qué? —preguntó Daniel a mi izquierda. Entre nosotros, su bicicleta estaba siendo empujada por él. Se me hacía extraño verlo así. Él no es de la clase de personas que lleve cosas consigo de forma voluntaria. Solo su mochila, y era por obligación. Y siempre que encontraba la oportunidad de deshacerse de ella, lo hacía. Como en este momento, que en el instante que comenzamos a caminar me la arrojó, diciendo «cárgala un rato por mí, ¿quieres?».

Y como lo conozco de años, sé que terminaré llevando su mochila hasta que nos despedamos.

—El cielo está despejado.

—¿Y eso qué?

—Quiero contemplar un rato las estrellas, y...

—Y como la luz artificial opaca la vista, quieres un espacio más «oscuro», ¿cierto?

Asentí.

—¿Piensas decirme qué ocurre contigo realmente?

—¿Por qué dices eso?

—No finjas, Gabriel. —Detuvo su bicicleta de golpe. A pesar de su reacción, su voz sonaba serena, un tanto seria, sí, pero serena.

—No es nada, en serio.

—Te conozco. Sé que te pasa algo.

¿De qué vale negarlo cuando él tiene toda la razón? Llevamos años compartiendo juntos, no estaría mal decir que me conocía mejor que yo mismo. ¿Estos casos se daban de forma natural o surgían a raíz de la confianza entre ambas partes? Quiero creer que es lo último.

—Encontremos el lugar que te dije primero —hablé.

Recorrimos el parque un par de minutos. Creí que, por la hora, ubicar un sitio con la menor iluminación posible sería sencillo. Pero no fue así.

—¿Acaso la gente no tiene nada productivo que hacer en su casa?

—Daniel soltó una queja—. Váyanse a hacer la cena, a dormir al perro, a ver la novela, ¡qué sé yo!

—Ven, creo que sé dónde ir.

Después de reír con su comentario, recordé un lugar que parecía cumplir con mis expectativas. Unas escaleras que conectaban con la salida más baja del parque. Tenía como treinta escalones, y si la suerte estaba de mi lado, no había personas y mucho menos excesiva luz artificial.

«*Eureka!*»

Nos ubicamos aproximadamente a la mitad de las escaleras. Daniel detuvo su bici en los escalones frente a él.

—No quiero ir más a mi casa, Dan. —Fueron mis palabras.

—¿Disculpa?

La expresión de Dan dejaba ver claramente que, en este momento, dos grandes y brillantes signos de interrogación estaban disfrutando de un divertido baile justo en el centro de su cabeza.

—¿Por qué? —volvió a preguntar después de intentar controlar su confusión.

—Últimamente siento que en mi casa todo es como una bomba de tiempo. El ambiente se ha tornado pesado, incómodo. La poca paz que se puede encontrar se extinguirá en cualquier momento. Y la verdad, Dan, no tienes idea de las ganas que tengo de no estar presente cuando ocurra. Cada día se hace más difícil aparentar que todo está en orden...

—Entiendo. Pero los muchachos y yo estamos para eso, ¿no crees?

—No. —Mi voz se elevó por su cuenta. Daniel abrió los ojos con sorpresa—. Disculpa. Pero todos ya tienen suficientes problemas en sus vidas como para estar cargando también los míos. Además, no me perdonaría jamás arruinar este día. Organizamos esto para relajarnos. Nuestra válvula de escape, ¿recuerdas? Espero me entiendas.

—Eso hago.

Un silencio incómodo se unió a la oscuridad a nuestro alrededor. Alcé la mirada. La imagen de las estrellas llenando el cielo, aunque era igual que muchas de las noches de las que he sido testigo, me cautivaba.

Daniel permanecía en silencio. Sabía que yo diría algo más.

—Pero ¿sabes? Por más desesperado que me encuentre, y el deseo de tirar la toalla esté riéndose de mí, debo mitigar lo que siento ahora y

afrontar mi situación. Es necesario para seguir...

—De una vez te digo que cuentas conmigo si sientes que no puedes solo...

—Lo sé. Y creeme que lo aprecio de todo corazón. —Hice una breve pausa y continué—. Pero, para eso, debo sincerarme contigo.

—Ahora sí que no te entiendo. Gabo...

—Sí. Sí. Hemos sido sinceros el uno al otro todos estos años. Eso no se discute, pero hay algo que no te he dicho, y creo es momento de que lo sepas.

Otro silencio. Daniel parecía querer comentar algo ya que intentaba abrir su boca, pero al instante desistía de la idea.

El frío de la noche aumentaba gradualmente, mezclándose poco a poco con el miedo que llevaba un largo rato abrazándome. Afortunadamente no tenía nada frágil en mis manos, porque de lo contrario se habría caído y roto por culpa de los temblores.

Recorrí el entorno con la mirada, comprobando que no hubiese nadie en los alrededores. No era visible ni un alma. ¿Acaso la queja de Dan fue escuchada y todos abandonaron el parque?

Sea lo que sea, era una buena señal. Inhalé y exhalé. El aire que expulsaba lo arrojaba sobre mis manos para tratar de mitigar un poco el frío y aplacar la tormenta de nervios en mi interior.

—Estoy enamorado de ti, Dan.

Al oír mis palabras, Daniel pasó por una rápida secuencia de emociones. Incluyó la cabeza. Se puso blanco como un papel—digo eso metafóricamente, ya que su color de piel es similar al de la canela.

Después de entrecerrar los ojos, se hurgó los oídos y me miró.

—Espera. Creo que no escuché bien.

—Si lo hiciste —reclamé—. No empieces con tus payasadas. Suficiente con la vergüenza que siento por lo que estoy diciendo. Solo pido que me escuches.

Esas últimas palabras tuvieron un impacto inmediato. Su expresión cambió. Estaba tan serio que parecía otra persona. Escuchó atentamente todas y cada una de las cosas que salían de mi boca.

La explicación habría sido sencilla de no ser por todas las pausas que hice para controlar el tartamudeo que el miedo estaba produciéndome y poder continuar. Por suerte, Daniel no se impacientó por mis silencios ni nada parecido.

Cuando le confiesas tus sentimientos a alguien, estás aceptando todas las consecuencias posibles. Además del rechazo, el poco trato que tengas con esa persona se puede ver totalmente destruido. Eso es algo común. Solo uno de cada diez resulta victorioso y es recompensado por su valentía. Sin embargo, cuando las partes involucradas son personas que han compartido muchos años de amistad incondicional, las cosas que hay en juego son mayores. Perder un amigo es como perder una parte de ti mismo.

Si te rechaza ese chico o chica que te gusta, bien. Aunque sufres en el momento, vas con tu mejor amigo o amiga y encuentras consuelo y palabras de aliento. Pero... ¿podrías hacer lo mismo si pierdes a tu hermano del alma? No.

Ese era mi miedo.

A mí me importaba bien poco que Daniel me rechazara. Esa sería la reacción normal que podría tener. Somos dos hombres. Algo que para muchos «no está bien visto» o es un «pecado». Además de que estoy siendo, por decirlo así, egoísta al no considerar los gustos de mi mejor amigo y soltarle una bomba de tal magnitud. Lo que si me aterraba era que, en el peor de los casos, nuestra amistad se viera totalmente arruinada. No sería capaz de perdonarme si eso llegara a ocurrir.

—¿Desde cuándo tú...? —preguntó pausadamente.

—Hace un año. Aunque ya venía sintiendo cosas por ti desde mucho antes.

En un principio solo lo veía como alguien distinto. Disfrutaba pasar el tiempo con él. Sus ocurrencias, optimismo y buen humor hacían que me olvidara del mundo y sus problemas. Reír a su lado era como una medicina que reparaba todo el daño y cansancio mental y físico en mí.

Pero no le di mucha importancia. Me repetía cuan mantra que solo estaba confundiendo las cosas. Como estaba creciendo, descubría cosas nuevas que no sabía identificar con claridad lo que eran. Y esto no era una excepción. Así estuve durante todo ese año.

Fue a finales del año pasado que, durante las vacaciones que pasé con mis padres en una de nuestras casas, confirmé que lo que estaba desarrollándose en mi interior por mi mejor amigo era más que una

simple amistad.

Las cosas fueron empeorando cuando la frecuencia entre los dos comenzó a disminuir. Pasábamos semanas sin vernos. No era obsesión o apego, mucho menos dependencia. Solo inquietud. Como si algo en mí estuviese fuera de lugar. Admito que de no ser por mi fuerza mental y madurez en términos de responsabilidad, habría descuidado muchas cosas por sumergirme en mis emociones.

A raíz de eso tuve que aprender a controlar mis gestos corporales—aunque muchos no lo crean, el cuerpo también habla—y elegir sabiamente las palabras para no meter la pata y dejarme al descubierto o causar incomodidad tanto a mí como a los demás.

Finalmente, después de mucha meditación, lágrimas derramadas y preguntas al cielo en busca de respuestas por lo que me estaba sucediendo, decidí plantarle cara a mi situación.

—Pero antes de enfrentar a mis padres y advertirles que no les permitiría arrebatarme el derecho de elegir con quién hacer mi vida —dije. Las palabras salían con fluidez. No sé en qué momento pasó, pero era un alivio—. Tenía que hablarlo contigo. No lo hago porque tenga esperanzas de ser correspondido. Simplemente lo considero un paso necesario. Para ser transparente. No sentirme que te miento y me burlo de ti en tu cara. Y si...

El volumen de mi voz descendió hasta casi parecer un susurro en esa última palabra. Mis manos temblorosas ahora apretaban con gran fuerza el bolso de Daniel que estaba sobre mis rodillas. En lugar de corazón sentía como si en mi pecho hubiese un caballo que luchara por escapar y ser libre de todas sus ataduras.

—Si por esto, quieres dejarme de hablar...

—No seas tonto.

Sin embargo, una mano sobre mi hombro, acompañada por unas palabras rebosantes de calma, mitigó al instante todo eso. Daniel continuó hablando.

—Le das muchas vueltas a las cosas. Vas a tener que dejar de juntarte mucho con Jorge. Se te está pegando su dramatismo. ¿De dónde sacas la idea de que te dejaré de hablar? Eres mi mejor amigo. Mi hermano de otra madre. Nada en el mundo cambiará eso. Te lo puedo asegurar. Aun así... en este momento no soy capaz de decir algo sobre tu confesión. Me agarraste con la guardia baja, como siempre, y necesito procesar toda esa información. Prometo que continuaremos esta charla en otro momento...

Ven acá.

—¿Qué... haces?

Me abrazó. Aplicó la fuerza suficiente en sus brazos para no permitir que me soltara. En cuestión de segundos, los rastros de intranquilidad que quedaban en mí desaparecieron paulatinamente.

Su despreocupación me cubrió por completo... ¡Cielos, esto se siente agradable! Desearía ser como él.

—Y no te preocupes —susurró sin soltarme—. No voy a cambiar solo por esto... Se está haciendo tarde, vamos a casa.

—Está bien.

Capítulo 3

DANIEL

19 de septiembre de 2014

Diez de la noche.

A pesar de la hora, no podía dormir. Todo lo que Gabriel me contó en el parque no dejaba de repetirse una y otra vez en mi mente, lo que alejaba el posible sueño que me arroparía y me enviaría a alguna aventura como todas las noches. Por suerte, mañana es sábado y no tengo que preocuparme por ir al instituto pareciendo un zombi, con más ojeras de las que he desarrollado por las noches en vela que he dedicado a estudiar y prepararme para las pre-defensas del proyecto porque dejé todo para último momento creyendo que sería fácil...

Como sea, ni siquiera el silencio de mi habitación logró despejar mi cabeza, así que me vine al jardín detrás de mi casa, me recosté en una de las sillas de mimbre que decoran el tinglado que tenemos, y comencé a escuchar Somewhere only we know. Canción que, por alguna extraña razón, me generaba una tranquilidad enorme aun si todo seguía igual.

El miedo que Gabriel sintió al momento de contarme todo eso debió ser enorme. Si fuese sido yo, tengan por seguro que habría colapsado en cuestión de segundos. Puede que yo parezca una persona fuerte, sin temor a nada ni nadie, pero no es así. Al fin y al cabo, también soy un ser humano. Y como todo el mundo, también hay cosas que me serían completamente imposible enfrentar o aceptar.

Quince minutos pasaron.

En ese tiempo, levanté y bajé tantas veces mi celular, contemplando si escribirle o no a Carla, que si el mismo tuviese vida me habría insultado de la peor manera posible para que lo dejara en paz.

Necesitaba hablar con Carla. Ella y mi mamá eran las únicas personas a las que podía recurrir para que me ayudaran a aplacar esta tormenta mental que estaba perturbándome. Sin embargo, desistía de la idea. Mi mamá estaba durmiendo, llegó tan cansada del trabajo que a duras penas probó la cena y se fue directo a la cama. Me sentiría mal si le robaba el poco tiempo que tenía para reponer energías.

Lo mismo podría estar pasando con Carla. A estas horas, o bien estaba en el quinto sueño o terminando de organizar sus equipos y documentos para la jornada de mañana.

Alcé la mirada y miré fijamente al cielo por primera vez desde que me senté aquí. La música se mezclaba tan perfectamente con la noche estrellada que daba la sensación de hipnotizar. Y pienso que lo habría logrado de no ser por mi celular que vibró en mi pierna, arrastrándome de nuevo a la realidad.

Era Carla.

«¿Estás?», decía su mensaje. No sé si habrá intuido algo, pero me alegraba que estuviera despierta. Sin dudarle le contesté. «Justamente pensaba en ti. Necesito hablar contigo».

No pasaron ni diez segundos cuando una llamada entrante de ella se reflejó en la pantalla de mi teléfono.

—*¿Qué pasó?* —preguntó en el momento en que contesté la llamada. No sé si eran ideas mías pero daba la impresión de que en su voz hubiese preocupación o quizá cansancio.

—¿Estás ocupada?

—*Si lo estuviera, no te habría escrito, tonto. Como no podía dormir, les escribí a varias personas a ver si me distraía un rato, pero solo tú respondiste.*

—Ah.

—*Querías hablar conmigo, dime.*

—Es Gabriel.

—*¿Qué tiene?*

—Oye, pero no me grites —repliqué en el instante en que elevó su voz.

—*Lo siento.*

—No tiene nada.

—*¿Entonces?*

Le conté todo hasta el más mínimo detalle. Me faltó decorar la explicación con una descripción del entorno. Al otro lado de la línea solo se oía un «Mmm» sugiriendo que continuara. Cuando terminé, ella guardó silencio. Suspiró y luego respondió, tratando inútilmente de contener un grito.

—¿En serio no le dijiste más nada?

—¿Qué demonios querías que le dijera cuando soltó eso de repente?

—No te creo.

—¿No?

—Conoces a Gabriel igual o mejor que yo. Piensa bien las cosas antes de decirlas. Si lo que te va a decir es complicado, te prepara para que sepas procesar la información.

—Te digo que esta vez no fue así. —Insistí—. Te dije que estaba actuando extraño, que hasta pidió un espacio con poca luz para ver el cielo.

—Necesitaba un lugar donde se sintiera seguro de hablar.

—Sí. Pero no me pasó por la cabeza en ese momento. Estaba nervioso. Hacía demasiadas pausas para hablar. Mencionó a sus padres, problemas en su casa... Me hice la idea de que solo se trataría de eso. Incluso ya tenía listo el consejo que podría darle.

—Pero no fue así, y dio su declaración.

—Como si fuese lo más sencillo del mundo.

Silencio.

Como ya no había música sonando en mi celular debido a la llamada de Carla, la única fuente de ruido era el viento silbando, chocando con todo elemento físico que se encontrara. No había carros ni personas en la calle. Eran casi las diez y media de la noche.

—No entiendo —habló—. Tanto que nos has demostrado tener una especie de intuición, asustándonos cuando algo ocurre exactamente como presentías, y esta vez ni una señal te envió.

—La verdad es que no sé qué me pasó.

—Eres un caso perdido. Tuviste la oportunidad perfecta para contarle también lo que sentías por él, pero no... don Daniel se entera que la persona que le gusta está enamorada de él y las dos neuronas útiles que le quedan en esa cabezota se le queman.

Me era necesario reclamarle por su comentario. Pero sería inútil si lo hacía. Al fin y al cabo, ella tenía razón. Me conocía perfectamente y, al

igual que mi mamá, sabía mi mayor secreto.

Claro, a ella no le conté. Se trataba de un tema delicado que prefería mantener oculto hasta de mis mejores amigos. Solo mi mamá lo sabía. Cuando Carla mencionó el asunto, como si fuese algo casual, sentí tanta rabia que le reclamé a mi mamá creyendo que lo había revelado por error... Fue una fuerte discusión.

Cuando me tranquilicé, tomé la iniciativa de hablar con Carla para que me explicara su versión de los hechos. Para mi sorpresa, no era como yo creía. «Solo con mirarte al estar cerca de Gabo o la forma en la que hablas de él te delatan, Dan», dijo. No imaginan la vergüenza que sentí. Sé que he tenido momentos súper incómodos, pero esto... esto se lleva el Oscar. Pasarán muchos años y esta situación no tendrá quien la supere.

Después de eso fui corriendo a disculparme con mi madre por haber dudado de su confianza. Y todos felices y contentos.

—Trata de entenderme. Siento miedo —dije.

—*¿Miedo? Ambos se gustan, ¿qué habría que temer?*

—¿Y si lo intentamos y todo fracasa? No me gustaría que, después de estar toda una vida construyendo una amistad increíble, tenga que referirme a él como un ex y no un mejor amigo. El solo hecho de pensar que una mala decisión termine convirtiendo todo en cenizas que el viento se llevará me comprime el corazón.

—*Las decisiones no son buenas o malas, solo son decisiones. Deberías aprovechar esta oportunidad que se está presentando para que más adelante no te arrepientas por no haber sido valiente de arriesgarte. Dijiste que no tomó las cosas a mal a pesar de que la conversación no continuó, ¿cierto? Eso significa que él comprende lo difícil que es para ti. Solo deja que las cosas fluyan...*

—Puede que tengas razón —comenté—. Y gracias.

—*No es nada. Recuerda que yo te escribí primero. Te deseo suerte.*

—Si te digo la verdad, aún no sé qué haré.

—*¿Es en serio, Dan?*

—Amanecerá y veremos. Descansa.

Adiós.

Colgué antes de que comenzara a sermonearme. O peor aún, se diera cuenta que ya había tomado una decisión y solo fingía estar confundido. Sonreí involuntariamente. Creo que debería dormir. Creo que mi cabeza está celebrando cosas antes de tiempo. Si sigo despierto más tiempo podría arrepentirme de muchas cosas.

Me levanté del sillón, entré a la casa.

Después de verificar que las puertas y ventanas estuviesen cerradas. Fui a la cocina por un vaso de agua.

Ya en mi habitación, coloqué el celular sobre la mesita de noche.

Subí a la hamaca.

No lo mencioné antes por estar distraído con el otro asunto, pero duermo en hamaca. Es increíblemente cómoda. Además, es uno de los regalos que más conservo de mis abuelos maternos.

Tengo cama, sí. Pero las veces que he dormido en ella puedo contarlas con los dedos. Es más un mueble decorativo que otra cosa. De no ser porque era útil cuando tenía visitas, la hubiese sacado de mi cuarto hace mucho tiempo.

Como ahora había liberado gran parte del peso que tenía encima, el sueño estaba abriéndose paso rápidamente hacia mí.

Con la hamaca moviéndose de un lado a otro, mis ojos se fueron cerrando lentamente.

Solo espero que mañana sea un gran día y las cosas salgan de la mejor manera posible.

Capítulo 4

GABRIEL

20 de septiembre de 2014

Me levanté sobresaltado.

Tomé mi celular que estaba en el otro extremo de la cama y vi la hora. Ocho de la mañana.

¡Dios! Por todo lo ocurrido anoche, olvidé activar la alarma. Mis padres me van a matar. Mi falta de hoy se convertirá en un mes de sermones sobre mi vida y mi futuro.

Quedé en reunirme con mis padres en la compañía para continuar con mi adiestramiento como futuro jefe. Llevo haciéndolo desde que cumplí los quince, actualmente estoy en la recta final de los diecisiete.

Si me lo preguntan, la respuesta es sí, detesto esto como no tienen idea. No saben la cantidad de veces que le he reprochado a mi padre todo lo que me obligan a hacer. Mi interés no se encuentra en su compañía, no quiero involucrarme en absolutamente nada que tenga que ver con ellos y sus caprichos. Mi futuro está fijado en otro rumbo, lejos de la familia Rodríguez y sus reglas estrictas y sin sentido.

Desgraciadamente, no me toman en cuenta. Como dicen muchos, mis palabras les entraron por un oído y le salieron por el otro.

Aun así, no pierdo las esperanzas de que algún día lo hagan. Si no es por las buenas, será por las malas.

Como sea, dejemos eso a un lado por ahora.

No me reventaré la cabeza ideando excusas que no servirán para nada. Les diré la verdad. Me quedé dormido, fin del asunto. Si quieren, sus clases pueden quedar para el otro sábado. Este lo aprovecharé para dedicarme tiempo. Ahora que siento que me librado de una pesada carga, intentaré ver las cosas con un poco de color.

Bajé de la cama casi de un salto y caminé hacia el baño. Con el sobresalto de hace un instante casi todo el sueño se había esfumado. El agua fría ayudaría a eliminar todo posible rastro escondido.

—Ugh, siguen sin desaparecer.

Suspiré al mirarme al espejo y ver que unas ojeras tan pequeñas como un débil trazo de carbón se rehusaban a abandonar el área alrededor de mis

ojos. La presión del instituto, mis padres y mis inseguridades eran los motivos por los cuales tenía semejante acompañante. Solo espero que ya no existan para cuando me toque defender mi proyecto. Sería desagradable presentarme ante todos dando la impresión de delinearlos los ojos.

Luego de salir del baño, recogí el pequeño desorden que causé al dormir. La ropa doblada sobre la silla parecía hablarme, haciéndome considerar cambiarme de ropa. Cosa que no hice.

Tal como estoy me quedaré. Por los momentos no tengo planes de salir.

—Buenos días, Gabrielito.

—Buenos días, señora Marta. —Devolví el saludo que llegó a mi tan pronto salí de la habitación. La mujer que me habló estaba sentada en un sofá de cuero negro, bebiendo café y revisando con ligera prisa unos documentos separados en dos grupos sobre la mesita frente a ella—. ¿Demasiado trabajo?

—Ugh, sí. Y esto no es nada, mi niño. Se suponía que hoy sería mi día libre, ¡y mírame! Organizando expedientes porque mi jefe tiene un caso importantísimo esta semana y nos está presionando a todos... Pero no te voy a aburrir con estos temas. En el microondas tienes el desayuno. Te preparé lo que más te gusta. Pan tostado con queso fundido.

—No debió molestarse.

—Ni lo menciones. Por cierto, Daniel fue a la tienda. Ya debe estar de regreso.

Ah, sí. Olvidaba comentarles que no estaba en mi casa.

La señora con la que estaba hablando era la mamá de Daniel.

El motivo por el cual estaba en su casa y no la mía era el siguiente.

Anoche, después de nuestra conversación, Daniel dijo que se sentiría más tranquilo si pasaba la noche en su casa. «Te conozco, sé que no llamarás a Mario y vas a tomar el autobús o el metro», fueron sus palabras, haciendo énfasis, una y otra vez, en mi estado emocional.

Es necesario mencionar que no es la primera vez que me quedo a dormir aquí. Conozco a Daniel desde hace poco más de una década. Y es tan extensa nuestra amistad que hasta su mamá me considera un hijo más. Solo ese hecho hacía que me sintiera más en casa aquí que en mi propio hogar. Agradezco cada día a la vida por ponerme a las personas correctas

en mi camino.

—¿Cómo vas en el instituto? —la dulce voz de la señora Marta me sacó de mis pensamientos. Sin darme cuenta, ya estaba yendo a la mesa con el desayuno.

—Hasta ahora no he tenido inconvenientes —respondí mientras tomaba uno de los panes y lo cubría con queso fundido—. He adelantado bastante el proyecto. No se ve tan complicado como decían que sería. ¡Mm, esto está delicioso! Extrañaba mucho su comida.

—Me alegra que te guste... Solo te digo una cosa. No te confíes por ser el último año. Te puede sorprender cuando menos te lo esperas.

—Lo tendré en cuenta. Vaya... Aún conserva la taza.

Comenté, un poco sorprendido al ver que la taza donde la mamá de Dan tomaba su café era la misma que los chicos y yo le habíamos regalado hace casi seis años por el Día de las Madres. Duramos todo un mes debatiendo qué obsequiarle, y de todas las cosas que podíamos permitirnos con nuestros ahorros optamos por comprarle una taza personalizada con el mensaje «Feliz día a la mejor madre de todas» adornado con un par de rosas.

Ver que aún existía y que pareciese como nueva asestó un golpe directo en la nostalgia.

—Si. —Sonrió ligeramente al verla—. ¡No te creas! Una vez casi se me rompe. Desde ese día, ni siquiera dejo que Daniel la toque.

Solté una carcajada y ella me acompañó. Eso era cierto. Daniel era demasiado descuidado. Actualmente, estoy seguro que la taza no duraría siquiera un día en sus manos.

—Gracias por la comida —dije al terminar de comer. Llevé el plato hacia la cocina.

Mientras la radio que estaba sobre el refrigerador repetía el reporte del tiempo y noticias reciente—donde mencionaban el lanzamiento del nuevo modelo de teléfono de Samsung, Daniel entró por la puerta del jardín, opacando con su voz al locutor.

—Hasta que despertaste, Aurora.

—Me hubieses despertado en el momento en que lo hiciste —reclamé, fingiendo estar molesto—. ¿Y por qué me dices Aurora?

—Pues... —respondió, haciendo una representación deforme de la Bella Durmiente con la boca abierta de forma excesiva—. Verte roncar como motor sin fuerza me pareció tan tierno que sentí que sería pecado despertarte.

—Para mentir sí estás hecho —sentí que me ruborizaba. De reojo vi cómo la señora Marta escondía su risa detrás de su taza de café y los papeles que revisaba—. Sabes bien que no ronco.

—Sí, cómo digas. —Rio. Al pasarme por un lado me pichó un costado con el dedo. Colocó sobre el mesón la bolsa que traía en su mano.

—¿Conseguiste todo lo que te pedí? —preguntó su mamá desde la sala.

—Sí. Por cierto, la vecina dijo que pasaras por su casa en cuanto pudieras. Mencionó unos paquetes de no-sé-qué.

—Está bien.

*

Al terminar de lavar mi plato, fui con Daniel a su habitación.

—Gabo —dijo Dan, meciéndose de un lado a otro en su amada hamaca.

Entre ambos existía una relación tóxica única. A pesar de las numerosas veces que se ha caído y golpeado por no tener cuidado al mecerse, no dejaba de amarla. Menos mal era un objeto, porque si fuese una persona, créanme que no sé en qué condiciones estaría Dan actualmente.

—Dime —respondí sin levantar la mirada de mi celular. Buscaba alguna canción que escuchar para mejorar el estado de ánimo en la habitación.

—Estuve pensando en lo de anoche.

—Dan —interrumpí—. Ya te dije que no es necesario que te preocupes por ello. Si lo hice fue porque necesitaba ser sincero contigo y motivarme más para hablar con mis padres.

—Lo sé. Precisamente por eso es que lo estuve pensando. Anoche hiciste que me diera cuenta de lo errada que fue mi decisión. Creía que todo lo que hacía tenía una buena justificación, y no era así. Entre excusas y mentiras iba cegándome cada vez, huyendo de la realidad.

Miré la hamaca. Dan seguía meciéndose. Como estaba acostado, lo único visible eran sus manos extendidas que jugueteaban entre sí, creando cualquier forma. Ese era una señal de que estaba buscando la manera de

no enredarse al hablar. Continuó.

—A veces es necesario ser valiente y enfrentar los conflictos que tienes en la vida. Y más si se tratan de sentimientos... Te admiro, ¿sabes?

Fue entonces que se levantó y miró fijamente en mi dirección. Sus ojos marrones hicieron que me pusiera increíblemente nervioso. Como si fuese la primera vez que hablara con él. Técnicamente se podría decir que era así. El Dan que yo conozco nunca había actuado así en su vida.

—No andaré con rodeos. Al igual que tú, seré lo más directo posible. Tú también me gustas, y ha sido así desde la primera vez que te vi... ¿Cuántos años han sido ya? ¿Diez, doce? Por ahí va la cuenta... Sabes que soy malo recordando.

Mi cabeza se inclinó por reflejo, me ayudaba a expresar mi confusión por lo que estaba oyendo. Una vez más, mi corazón latía con una fuerza increíble. Todo sonido, incluyendo la voz de Dan, se alejaba gradualmente. Aun así, Dan continuó.

—Puede que suene loco. Éramos niños, pero eso no fue impedimento para darme cuenta de lo que sentía. El problema está en que no se me da bien expresar mis emociones.

Bajó de la hamaca y se sentó en la orilla de la cama.

—Con los años, todo fue madurando, llegando a un punto donde yo no podía ver a otra persona de la forma que te veía a ti. No voy a negar que no tuve momentos en los que el pesimismo quería atacarme diciendo que me estaba ilusionando solo, y debía fijarme en alguien más, no podía. No me motivaba en lo absoluto.

—Pero ¿no saliste durante meses con Ángela? —pregunté de repente, recordando que hacía menos de tres años Dan tuvo una extraña comunicación con la hija de la mejor amiga de la señora Marta—. Tú lo negaste muchas veces, pero parecía que habían sido novios.

—Te puedo asegurar que ese fue un plan de mi mamá. En ese tiempo ella no sabía mis gustos, y comenzó a relacionarme más de lo debido con Ángela... Todo se calmó de un día para otro cuando le conté. Pensé que se escandalizaría pero no. Solo me aconsejó.

—¿Tu mamá?

—Sí —dijo mientras me daba un ligero golpe en el brazo—. Y Carla también lo sabe.

—¿Qué?

—Ja, ja. Pareces un tomate. Pero tranquilo, no es que yo se lo dijera. Ella misma lo notó.

—Ahora entiendo por qué me acosaba con preguntas extrañas sobre novias y cosas así. No me pasó por la cabeza que fuera por eso.

—La única forma que te des cuenta de algo es que te lo digan directamente.

—¡Muy gracioso! —le arrojé la almohada que estaba a mi lado. Dan la agarró e hizo ademán de regresarla a la cama, pero en el instante en que me descuidé, la lanzó a mi cara.

—La verdad es que anoche quería contarte todo y abrazarte.

—¿Pero?

—El miedo no me dejó. Me sentía igual que tú. A pesar de lo que dije, también me aterra la idea de que nuestra amistad se dañe... Todavía me pregunto: ¿Y si lo intentamos y no funciona? Ambos callamos. El celular en mi mano giraba entre mis dedos mientras el silencio continuaba.

La preocupación era la misma. Como es bien sabido, las relaciones no son perfectas. Siempre hay conflictos que pueden guiarte a una ruptura. Y cuando eso llegaba, un sinfín de cosas terminaba involucrada. Sin embargo...

—Pienso que, si actuamos como personas maduras, podemos intentarlo. Si nada funciona, sepultamos eso y seguimos adelante como hasta ahora. Los amigos de siempre, pero con experiencia.

—¿Y el miedo?

—Lo trabajamos cada día. En algún momento dejará de existir. De todas formas, funcione o no, anoche te dije...

—No me vengas con eso. En el fondo te mueres igual que yo por intentarlo y mantienes la esperanza de que funcione.

Se acercó de pronto, tomó mi mano y la llevó a su pecho. Su mano tocó el mío.

—¿Ves? Lo que hay aquí dentro habla por sí solo —pausó un instante

antes de seguir—. Intentémoslo. Eso sí. Por ahora será nuestro secreto.

—¿Y tu mamá, y Carla?

—Podemos decirles que solo lo estamos intentando.

Me besó la mejilla. Sentí que me volvía a ruborizar de la cabeza a los pies.

Mi reacción natural fue empujarlo.

Sonrió con picardía.

—Me moría por hacerlo.

Capítulo 5

DANIEL

22 de septiembre de 2014

Lunes. La rutina de nuevo, qué fastidio.

Parecía un robot en modo automático repitiendo día tras día las cosas que debo hacer antes de ir al instituto.

Oh, miren. Una novedad. El uniforme está arrugado. Lo lave ayer, y por andar con la emoción de que mis sentimientos fueron correspondidos y cupido había escuchado mis plegarias, olvidé plancharlo.

Por un momento pensé irme con el uniforme dando la impresión de que lo acababan de sacar de una botella. Al fin y al cabo yo voy a estudiar, no a modelar al colegio. Lastimosamente no podía darme ese lujo. El día de hoy era importante para mí y los demás estudiantes del último año. Se realizaría una especie de simulacro para ver qué tan preparados estábamos para la defensa de nuestro proyecto.

Las evaluaciones no se limitaban simplemente a cómo expusiéramos y qué tan bien elaborado estaba el trabajo de investigación, sino también nuestra presentación. «Esto lo hacemos para detectar fallos y debilidades...» es lo que recuerdo del sermón que nos dio el director la semana antepasada acerca de este día. El resto de información que almacenó mi mente se puede reducir en simples bla, bla, bla.

Fui a pedirle la plancha a mi mamá a su habitación, y me encontré con la sorpresa de que no estaba. ¡Cierto! Todo el finde estuvo organizando papeles. Quizá por eso se fue más temprano hoy.

Después de buscar la plancha y dejar el uniforme sin ninguna arruga, el resto de las cosas que me quedaban por hacer las completé en un intervalo de veinte minutos.

La radio sobre el refrigerador estaba encendido, como de costumbre. Gracias a él, supe que el día de hoy debíamos estar preparados por las fuertes lluvias que estaban pronosticadas para el transcurso de la mañana. Esa información me hizo agradecer al cielo porque la imagen mental de mí llegando empapado al instituto y exponiendo así no me gustaba en lo absoluto.

Regresé a la habitación. Aun me quedaban dos cosas importantes por hacer. Uno, asegurarme de que en la mochila estuviese el contenido que llevo hasta ahora del proyecto, mis libretas y, por seguridad, el impermeable. Y dos, colocarme el perfume.

Sobre esto último, mami se ríe cada vez que me ve alistándome para salir. Dice que me baño con el perfume. Según ella, las únicas veces que mi cuarto no está colmado con el fuerte olor de mi perfume es cuando lo acaban de limpiar.

Por cierto, hay algo curioso con respecto a esto. Desde niño he sufrido de alergias por cualquier cosa. La vida me da alergia. Creo que hasta yo mismo me doy alergia. Sin embargo, por obra y gracia del Espíritu Santo, mi lindo y amado perfume no me produce nada. Ni un pequeño estornudo. Y eso es algo bueno. No es divertido estar estornudando sin parar y sorbiendo mocos por toda la calle.

Bueno, bueno. Mejor vuelvo a mis cosas. Si me quedo contándoles todo se me hará tarde y quien recibirá los regaños seré yo, no ustedes.

Con todo en orden, apagué las luces de la habitación, la sala, y la cocina. Comprobé que las puertas y las ventanas estuviesen aseguradas porque, aunque esta ciudad es relativamente segura, es mejor prevenir que lamentar.

Tomé mis llaves. No fue sencillo convencer a mi madre para que me diera una copia. Hice hasta lo imposible para no tener que seguir esperándola en casa de la vecina o en el jardín, viendo las moscas pasearse de un lado a otro, atraídas por la mezcla de olores que solía traer a mi casa después de salir del instituto.

Hasta aquí mi conversación con ustedes. El resto de la mañana estaré ocupado. Cuando esté desocupado, les cuento qué tal me fue.

Deséenme suerte.

*

Todo salió perfecto. Los profesores quedaron increíblemente satisfechos con mis avances. No niego que tuve un par de críticas, pero fueron mínimas.

Ya solo me queda esperar el día definitivo. El momento de la verdad que será el mes entrante. Si todo es favorable, en dos meses podré graduarme y dejar esta mugrosa prisión para siempre.

Espero no les sorprenda mi odio infinito por este lugar. ¿Quién en su época de estudiante no compartía mi opinión?

Mentiría si dijera que no existe nada que se pueda salvar. El ambiente era agradable, y aunque encontrar compañerismo en este lugar es igual a buscar una aguja en un pajar, si te esfuerzas, lo hallarás. Fuera de eso, lo demás me parecía indigerible. De haber sido posible, mi último año lo

habría cursado en otro lado.

Después de quejarme por enésima vez de mis desgracias, saqué mi celular del bolso. La pantalla mostraba tres mensajes. Dos de mamá y otro de Gabriel. Los leí en el orden en que llegaron.

«Dani, no llegaré para la hora del almuerzo», decía el primer mensaje. Ese mensaje me dejaba dos opciones: preparar algo al llegar a casa, o comer aquí en el instituto. Difícil decisión, pero creo que elegiré la última, a pesar que eso despertará nuevamente mis quejas sobre este lugar.

Los cocineros no se ponían de acuerdo en la manera en que preparaban la comida. Un día te servían el almuerzo con una cantidad exagerada de condimento, haciendo huir casi al instante el hambre voraz que se extendía dentro de tu cuerpo, al otro preparaban unos platillos tan perfectos que encajaban con la frase «está para chuparse los dedos» y no parabas de agradecerles a los responsables. Pero además de esos dos casos, hay uno que es totalmente imperdonable. Hablo de los días en que parece que nadie está de buen humor y olvidan utilizar la sal. ¡Sí, la sal!

Y como mi suerte es única, las pocas veces que he decidido comer aquí, me han tocado los almuerzos del último caso.

Pasé al siguiente mensaje. Mamá preguntaba cómo me había ido. Cuando le conté brevemente que salió de maravilla. Respondió «Me alegra, hijo. Felicidades. Eres el mejor», acompañado de una serie de emoji de celebración y alegría.

Ya por último leí el mensaje de Gabo. Al igual que el último mensaje de mami, también preguntaba qué tal estuvo la exposición. Sonreí involuntariamente. Era solo uno, pero al final del mensaje había un emoji. ¡Qué milagro! Es la primera vez en todo el tiempo que llevo conociendo a Gabriel que veo que no utiliza solo texto al enviar un mensaje.

¿Finalmente estaba comenzando a experimentar qué se sentía enviar mensajes con un toque menos «serio» o «seco»? Sea lo que sea, esta es la oportunidad perfecta para vengarme por todas esas veces que me llamaba infantil por darle color a mis conversaciones con mis amigos...

Planeando mi venganza, respondí antes de levantarme y dirigirme al comedor. Sacudí un par de veces mi trasero y piernas para deshacerme del pasto que se aferraba a mi pantalón.

Aunque el instituto tenía demasiados espacios acondicionados al aire libre para poder sentarse a descansar o estudiar, yo prefería uno que era cien por cien natural: el enorme árbol que estaba junto a la entrada principal. No importaba la hora, aquí no llegaba el condenado sol. Esa era una ventaja. El pasto era suave y la brisa fresca. Todo eso junto lo convertía

en el espacio perfecto para todo. Y, a diferencia del resto del terreno escolar, aquí casi no había gente. Sí, uno que otro grupo de estudiantes pasaba el tiempo aquí, jugando, cantando o tocando guitarra. Pero sus actividades no perturbaban la tranquilidad que me fascinaba.

Las únicas veces que esto parecía un desierto era cuando regaban o cortaban el pasto, o cuando no teníamos tiempo ni de respirar de tantas actividades que teníamos que realizar.

Entré al comedor y suspiré de alivio al ver que no tendría que soportar la extensa fila que se formaba a diario. Tomé una bandeja y caminé directamente hacia el mostrador donde, con un saludo amable, una de las cocineras me sirvió el menú del día.

Espagueti con albóndigas, una taza con sopa y un vaso de jugo de mora. Se veía delicioso. Disimuladamente olfateé, y el olor que penetró mi nariz me confirmaba que lo estaba. ¿Será que finalmente iniciaré mi semana con algo digno de los dioses?

Cuando me senté y comencé a degustar mi comida—que efectivamente había quedado perfectamente deliciosa—llegó un mensaje a mi celular. Gabriel.

«¿Estarás ocupado más tarde? Me preguntaba si podíamos vernos. Los profesores tendrán una reunión y nos dejarán ir temprano.»

Sin pensarlo dos veces le respondí que me parecía perfecto.

Acordamos vernos a las dos de la tarde en la parada de autobuses que estaba a menos de quince minutos de aquí.

*

Llegué primero a la estación. Era lógico. Lo mencioné antes. Esto queda a quince minutos del instituto donde yo estudio. A diferencia de mí, Gabriel tiene que tomar el bus para llegar.

Me senté a esperarlo.

Ante mí, las personas se movían de un lado a otro con ligera prisa. Deportistas, empresarios, obreros, estudiantes igual que yo, y más se podían ver subir o bajar de los autobuses estacionados, o de las escaleras que conectaban a otras partes de la estación. Además de eso, también se podía ver gente que se detenía a saludar a algún conocido, sentándose incluso a conversar si tenían tiempo.

Como en toda estación de transporte público, las situaciones que se veían eran diversas. Una madre regañando a su hijo por arrojar basura al suelo.

Un hombre que parecía estar discutiendo por teléfono ya que su expresión era severa movía la mano libre como si tratase de contener su ira.

Sin embargo, lo más molesto de todo era el niño formando berrinche a mi lado y su mamá con una actitud más pacífica que molesta diciéndole que si nos e calmaba el desconocido—o sea yo—le iba a pegar para que se calmara. Una técnica de engaño que solía tener efecto la mayoría de las veces.

Cinco minutos después de calarme al mocoso llorón, y parecer un ventilador mirando hacia todos lados, y principalmente el cielo cubierto de nubes negras—atento a otra posible lluvia. El meteorólogo no falló en su pronóstico, ya había llovido tres veces en lo que iba de día—Gabriel apareció.

Aferrando a su cuerpo el bolso de mensajero que utilizaba para ir a clases, Gabo bajó del autobús comenzó a abrirse paso entre las personas que bajaban del autobús que acababa de estacionarse.

Creo que está de más decir que estaba con su uniforme escolar. Pero si quieren saber cómo es, diré que es idéntico al mío. Camiseta blanca, pantalón negro. Las únicas diferencias eran el color que adornaban las mangas y el cuello, y el escudo de armas del instituto.

—Hola —dijo, extendiendo su mano—. Perdón por la tardanza.

—No te preocupes —me levanté, estreché su mano, tirando de ella al mismo tiempo para poder darle un ligero abrazo—. ¿Cómo estás?

—No me puedo quejar.

—¿Seguro?

—Sí. Y no me mires de esa forma. No estoy ocultando nada. ¿Vamos?

—Sí, pero antes...

Me detuve y volteé hacia la señora y el niño llorón.

—Señora, aprenda a calmar a su hijo —hablé—. Si no fuera porque mi amigo ya llegó, le habría pegado de verdad al niño por estar sacando de quicio a la gente con su lloradera.

Sin esperar respuesta, tomé del brazo a Gabriel y aceleré el paso.

—Dan, ¿qué fue eso? —preguntó Gabriel con asombro.

—Nada. ¿Qué quieres hacer en nuestra primera cita?

—Lo que sea. Solo quiero pasar la tarde contigo.

Cruzamos la calle. La brisa fría a nuestras espaldas, y los cláxones de vehículos sonando a manera de queja con esas personas que no respetaban el rayado peatonal y cruzaba por donde les convenía. Después se quejan porque ocurren los accidentes y terminan culpando al conductor que no tenía culpa.

—¿Te imaginas que atropellen a alguien y salgamos en las noticias?

—¡Daniel, por Dios!

—La gente gritando o llorando mientras corre de un lado a otro pidiendo ayuda, y nosotros pareciendo dos viejas chismosas contemplando todo eso. ¿No es interesante?

—Claro, lo dices porque no es a ti a quien le pasaría eso.

Lo miré. Sus ojos se quejaban de mis ocurrencias. Reí y hablé.

—Si fuese a mí al que atropellan, sería asombro. Me da curiosidad por ver la cara que pondrás.

—Si te pasa eso yo solo diré que no te conozco y me regreso a mi casa.

—No serías capaz.

—Siempre hay una primera vez...

Me detuve. Él siguió caminando hasta darse cuenta de que me había quedado atrás. Volteó.

—¿Qué? —preguntó, riendo.

—¿De verdad lo harías? Parecías hablar en serio.

—¿Crees que soy insensible como tú? No seas tonto. Mejor vayamos a tu casa mientras me cuentas cómo estuvo tu exposición.

*

Tan pronto llegamos a casa y pusimos un pie dentro de ella, comenzó a llover. Era como si la naturaleza misma se hubiese compadecido de nosotros y esperado todo este tiempo para permitirnos estar a salvo antes

de liberar el aguacero que tenía preparado para esta ciudad.

Las gotas de lluvia golpeaban la ventana con una fuerza asombrosa. Cualquiera pensaría que querían romperlas para entrar.

Arrojé el bolso al sofá junto a la puerta. Para mi mala suerte, rebotó y izaz!, al suelo fue a dar. Maldije mientras lo recogía y me aseguraba de que estaba vez se quedara en el mueble.

Ignoré a Gabriel que estaba riéndose de mi desgracia y fui a la cocina por un vaso de agua para refrescar mi garganta que llevaba rato suplicándome que la humedeciera. Repetí la acción dos veces más hasta sentirme saciado.

—Como no podremos sentarnos en el jardín —comenté al ver que los vientos que acompañaban a la lluvia hacían que esta tomase inclinaciones tan sorprendentes que la hacía parecer que estuviese cayendo en horizontal.

En el cielo, una batalla de relámpagos se desarrollaba. Las líneas plateaban de distintos tamaños creaban formas que se deslizaban de un lado a otro sin parar. Los acompañaba uno que otro trueno que sonaba parecido a un gong.

Regresé a la sala. Gabriel en el sofá, junto a mi bolso, estaba concentrado manipulando su celular. Parecía que en lugar de mi amigo—perdón, mi novio. La costumbre, je, je—fuese José David el que estuviese en mi casa.

Sigiloso como un depredador preparándose para atacar a su presa, llegué al sofá y me senté con brusquedad.

—¿Qué haces?

—Les aviso a mis padres que estoy aquí —respondió antes de mirarme. La opaca luz del exterior que entraba por los empañados vidrios de la ventana hacía que el tono de sus ojos se intensificara más—. Si no cuidas las cosas, la casa se caerá a pedazos en poco tiempo.

—Sí, mamá. —Ugh, se parece tanto a mi mamá. Por eso es que se llevan bien. Creo que no es buena idea tenerlos juntos.

—¡Oye! Dame el celular.

—Queda confiscado hasta que te vayas —declaré y coloqué bocabajo su celular sobre la mesita frente a nosotros.

—No deberías preocuparte de lo que digan tus papás. ¿O crees que podrán hacer algo contra la naturaleza? Si quieres te asomas para que

veas de qué hablo. La persona que esté conduciendo con este aguacero es porque no le teme a la muerte. Relájate. Querías disfrutar la tarde conmigo, ¿no? Hagámoslo. Olvidémonos de lo demás.

El tono de mi voz en eso último era similar al de un susurro. Gabriel se sorprendió. No solo por mis palabras, sino porque tiraba de él hacia el extremo menos iluminado del mueble, acercándolo a mí; con su espalda apoyada contra mi pecho.

Sé que pensarán que yo me comportaba con un niño. Sin pensar las cosas y siendo precipitado. Pero cuando llevas mucho tiempo esperando algo—o alguien—y finalmente lo tienes, ser paciente es lo último que consideras. Carajo. Hay que aprovechar las oportunidades que se nos presentan, cuando se nos presentan. Nunca sabes qué pueda pasar después. Mañana es tarde.

Gabriel mostró intención de resistirse al principio, pero no lo hizo. Quizá pensó lo mismo que yo. Buscó acomodo. La sensación de tener a alguien que quieres aferrado a ti es tan relajante. Ahora que lo pienso, no es la primera vez que tengo un momento cercano con Gabriel. No tanto como ahora, pero sí. La diferencia es que antes no notaba nada tan profundo. Pienso que eso fue por el bloqueo que impuse ante cualquier emoción que no fuera de amistad.

Esta vez dejaré que todo salga sin obstáculos. Sean libres.

Durante un largo rato, y en silencio permanecimos así.

Sujeté su mano. Ambas descansaban sobre su barriga.

Hablé.

—Gabo, ¿piensas contarles a tus padres?

—Tengo que hacerlo.

—¿Aún sin estar seguros de que esto funcionará? —Acerqué mi rostro a su cabello. El olor de su champú de miel estaba presente. Solté su mano y jugué uno de sus mechones.

Su cabello era su vida. Tenía una obsesión por él, lo cuidaba más que cualquier cosa. Y con razón. Un cabello liso como el de él era envidiable.

—Correré el riesgo —contestó—. Mi plan es adelantarme a cualquier artimaña que tengan. Recuerda que ya pronto cumpliré dieciocho y no me sorprendería que ya tuvieran en mente la forma de joderme la vida y la

felicidad.

Para que sonaran más siniestras sus palabras, un trueno sonó. La lluvia seguía sin señales de cesar.

—Entiendo. Recuerda que ya no estás solo. Ahora somos dos. Si antes me esforzaba por ser tu mejor amigo y hermano, ahora lucharé por ser el mejor novio también.

Volteó ligeramente y me sonrió. Luego cambió su posición, colocando su cabeza sobre mis piernas. Entrecruzó su mano con la mía.

—Lo sé —dijo con voz dulce—. Siempre lo he sabido.

Sonreí. Recordando todas las cosas que hacíamos en el pasado, las veces que reiteraba su confianza en mí, diciendo que era el mejor amigo que había conseguido. No lo decía por decirlo. Así era él. Sí confesaba algo era porque así lo sentía. Sus palabras eran de esas que te dejaban claro que tenías en tu manos la vida de alguien más y pasara lo que pasara siempre recurriría a ti porque le dabas la seguridad que necesitaba. Intercambiamos miradas, mi rostro fue bajando. Gabriel solo observaba.

Mis labios tocaron los suyos. Mi corazón latía con fuerzas. La respiración la sentía entrecortada.

El primer beso.

Después de muchos años esperando este momento, deseándolo con todas mis fuerzas, finalmente pude cumplir mi anhelo. Un sinfín de emociones emergió. Solo la unión de nuestros labios se sentía como la cosa más maravillosa del universo.

Sonreí. Él también lo hizo.

«Parecemos niños haciendo una travesura», nos decíamos con ese gesto.

—Tantos años esperando —masculló.

—Y valió la pena la espera —le respondí, dispuesto a continuar el beso.

Cerré los ojos.

En el sofá de cuero negro ubicado en la sala de mi casa, donde la oscuridad reinaba ante la ausencia de toda iluminación artificial, Gabriel y yo nos besábamos con tranquila pasión y sonreíamos de tanto en tanto, ignorando todo lo demás.

Afuera, la lluvia azotaba las calles. Golpeaba las ventanas de las casas,

carros, edificios y el asfalto. Si había personas aún transitando, estas estarían corriendo en busca de algún refugio.

Capítulo 6

GABRIEL

26 de septiembre de 2014

La vida es bella, no sencilla. Jamás lo ha sido, ni lo será.

A medida que crecemos, vamos encontrando situaciones cada vez más difíciles de enfrentar. Comprendemos que, independientemente de quiénes seamos, tener todo el dinero del mundo a nuestro alrededor nos exenta de los caminos espinosos.

La opinión de la gente acerca de esto está dividida. Hay quienes lo llaman plan de Dios, otros, destino. Sea lo que sea, sé que a pesar de parecer injusto, esto es algo que necesitamos para descubrir cuál es nuestro objetivo en el mundo y también para conocer y conservar a las personas que nos ayudarán, y desechar de nuestras vidas a todo aquel que quiera obstaculizarnos, moldearnos a su gusto y sacar provecho de ello solo para obtener sus propios beneficios sin importarles lo que nos suceda.

Aunque duela admitirlo, es así. El ser humano es la peor de las mierdas que han pisado este planeta. Una mancha tan desagradable que nunca debió haber existido. En ese aspecto, todos somos iguales. Ni siquiera yo soy una excepción. La fuente de la que venimos es la misma. Sí, hay quienes se dan cuenta de ello a tiempo y se esfuerzan diariamente por mejorar como personas; ser mejores individuos que dan lo mejor de sí sin esperar nada a cambio solo para hacer de este calvario un lugar mejor. Esa es la clase de personas que necesitamos. No como la que se encontraban sentadas frente a mí en este momento.

Era la hora del desayuno. Pero lo correcto sería decir que el único que tenía todo servido era yo.

Julia, una de las empleadas de servicio, y quien la mayoría del tiempo era la encargada de servir los alimentos, me había preparado un par de panqueques y una taza de café con leche.

El humo de ambos se elevaba lentamente hasta alcanzar la altura suficiente para transmitirme su aroma mixto.

Todo lo que ella preparaba era hecho con una dedicación y amor que había que agradecerle a diario. Tanta bondad era escasa en este infierno al que llaman hogar.

Ni ella, sus compañeros de trabajo o mi hermano merecían ser tratados como seres inferiores.

—¿Dónde está José? —pregunté.

—Salió temprano —respondió mi padre sin levantar la mirada del periódico que estaba leyendo. Su cabello negro sobresalía por encima del papel—. Mencionó algo de reunirse con unos compañeros antes de entrar a clases.

—Mmm.

—¿Acerca de qué querías hablar? —volvió a preguntar, ahora sorbiendo un poco de café.

Miré a mi madre. Ella permanecía en silencio. Lo único que hacía era mirar inquieta el reloj de pared frente a ella. Era un mal hábito que salía a la luz cada que algo no le interesaba o llevaba prisa y sentía que estaba perdiendo su valioso tiempo en algo estúpido cuando había miles de cosas en las que lo podía aprovechar.

Suspiré.

Con dos personas así, a cualquiera se le quitan las ganas de todo.

—Nunca consideras valioso el poco tiempo que le dedicas a tu familia, ¿verdad?

—El tiempo que no se emplea en algo productivo siempre será dinero perdido.

—Como digas. —Corté la conversación allí antes de que empezara a buscar la manera de hacerme ver que ella siempre tiene la razón, se levantara y se fuera sin permitirme decir lo que tenía planeado—. Papá, por favor.

Retiró la mirada del periódico. Al darse cuenta de mi gesto, ajustó su postura y comenzó a prestarme atención con aparente serenidad.

No se confíen por eso. Les aseguro que por dentro está gruñendo y quejándose de que lo interrumpieran su sagrada lectura en su parte favorita del periódico: novedades acerca del mercado bursátil o quizá leyendo los artículos que hablaban de las distintas agencias publicitarias para así comenzar a criticar todos los estilos de su competencia y llenándose de un incontrolable deseo de gritarle a los cuatro vientos que su empresa era lo mejor de lo mejor.

—Les pido —comencé—. No, me corrijo. Quiero dejarles algo en claro. A partir de este momento no les permito que decidan en mi lugar. Con ustedes controlándome a su gusto he sentido que la vida me ha estado pasando por encima. No me siento libre. Soy como una marioneta y

ustedes los titiriteros que me mueven de un lado a otro para su propio beneficio.

Mis palabras sonaban severas, pero mi tono era todo lo contrario. Me encontraba enormemente tranquilo. Eso lo logré gracias a que pasé estos últimos días imaginando todos los escenarios posibles en los que se desarrollaba esta conversación, prestando atención a todo para evitar un estallido emocional innecesario y que se produjera un corte abrupto de la conversación. El tema ya era bastante delicado como para que las malas interpretaciones se hicieran con el control.

Impasible, mi madre bebía su jugo de naranja. Mi padre colocó los codos sobre la mesa y entrelazó sus manos para apoyar el mentón sobre ellas. Me observaban fijamente y en silencio. Sus propias formas de parecer dominantes.

—Puedo tolerar que me obliguen a aprender el manejo de la compañía. Al fin y al cabo es un conocimiento que me podría servir en el futuro. No en la agencia, no. Se los digo otra vez, no seré su sucesor. Aunque me entreguen la dirección de la empresa, lo abandonaré al instante. Solo pierden su tiempo.

—Ah, entonces consideras un desperdicio todo el esfuerzo y tiempo que hemos invertido en ti y nuestro legado, ¿no es así? —El tono arrogante que la respetable Amanda de Rodríguez utilizaba mayormente con sus empleados apareció en esta mesa. En el lugar sagrado de la casa, como suele decir mi padre.

—Si así lo ves, no puedo reprochártelo, mamá.

—Cuida tu tono...

—Amanda, déjalo continuar.

Diría que me sorprendió el hecho de que, por primera vez, mi padre hiciera callar a su esposa frente a uno de sus hijos cuando ella claramente podría tener la razón. Pero no es así. Esto también entraba en la lista de posibilidades que consideré.

Mi padre podrá ser pedante, pero mantiene cierto nivel de madurez. Además de saber cuándo era sabio escuchar.

—Espero no hayan olvidado que el mes que viene cumplo dieciocho. Seré mayor de edad, finalmente. En teoría, a partir de ese momento tomo las riendas de mi vida y cargo con las responsabilidades de una persona adulta. Mis decisiones y acciones se mueven teniendo presente las consecuencias que puedan generar. Por eso les exijo que renuncien a todo

lo que sea que hayan planeado hacer conmigo.

«¿Ajá?», dijo mi padre alzando una de sus cejas negras como la noche. Unos diminutos surcos aparecieron en su frente.

Sé que muchos de ustedes pueden estarse imaginando a mi padre como un hombre que está en el umbral de los cincuenta años. Alguien que ha recorrido el mundo y ha dejado huella en todos los lugares donde ha estado. Pero no es así.

A pesar de todo lo que ha logrado hasta ahora, mi padre, Octavio Rodríguez, es un hombre que ni siquiera ha cumplido cuarenta años.

Si toman en cuenta mi edad, ya que soy el primogénito, queda claro que mi padre estableció su familia bastante joven.

—Lo que pides es imposible, y lo sabes —declaró mi madre. Mirándome retadora.

—Por favor, mamá —reí—. Ambos sabemos que nada es imposible para ustedes. Tú y papá lo repiten a diario, ¿o lo vas a negar? Y, por favor, deja tu risita hipócrita frente a mí. Soy tu hijo, no un perro callejero.

Fingió sorpresa.

—Supongamos que hacemos como dices, ¿luego qué?

—Seguimos con nuestras vidas. Asisto a la universidad que yo elija, dedico mi tiempo libre a un trabajo de medio tiempo...

—Eso sí lo prohíbo —el vaso con jugo tembló con el golpe que asestó mi mamá a la mesa. No se cayó.

—¿Por qué?

—¿Qué va a decir la gente? Nuestra imagen se dañaría si te ven rebajarte a algo como eso.

—Una imagen que solo les beneficia a ustedes y a su compañía.

—Nuestra, Gabriel. Grábate eso. Es nuestra compañía —intervino mi padre.

—No, papá. ¿Hasta cuándo debo repetírselos? A mí me interesa tanto la compañía como al perro la política.

Por un instante, el comedor se transformó en un cementerio debido al

silencio sepulcral que lo abrazó. Roto únicamente por mis palabras.

—Qué eso les quede claro. —Bebí un poco de café para humedecer mis labios y garganta. Esto sería lo único que probaría del desayuno. Mi apetito se había esfumado—. Ahora, el punto más importante.

—¿Otro?

—Sí, mamá. Otro. Esto no estaría pasando si dedicaras más tiempo a atender a tu familia.

—Cállate y di lo que tengas que decir.

Papá solo observaba. Ponía los ojos en blanco. ¿Será que pensaba en mi mamá y sus interrupciones, o lo estúpido que se veía su hijo exigiendo cosas que él no aceptaría?

—Amanda, cállate tú, me haces el favor.
Eso demostraba que era la primera opción.

«Gracias, papá», le agradecí mentalmente antes de dejar caer la bomba.

—Esto va de la mano con el punto anterior. Mi vida privada es un asunto que a ustedes no debería importarles, pero dado el rumbo en que han estado avanzando las cosas, me veo en la obligación de mencionarlo.

Respiré hondo y—

—Desde hace unos días, decidí iniciar una relación con Daniel.

—¿Escuché bien? —Reaccionó mi madre al instante—. ¿Daniel?

—Sí. El hijo de la señora Marta. Mi mejor amigo de infancia. El único Daniel que ustedes conocen. ¿O lo olvidaste?

—Eso lo sé, imbécil.

—¡Amanda! —Alzó la voz mi padre, impresionado por la actitud de su esposa.

Mi madre lo ignoró y bebió el resto de su jugo de un solo trago. Se veía sorprendida.

—Lo que no entiendo es lo otro que dijiste. ¿Cómo que iniciaste una relación con Daniel? ¿Me estás diciendo que...?

—Sí. Es tal y como imaginas. Creo está de más explicar algo que se

entendió a la primera.

Ella se quitó los anteojos y los colocó sobre la mesa, masajeándose las sienes. Mi padre se acariciaba la barbilla mientras fijaba sus ojos inexpresivos en mí.

—Dejen de fingir perplejidad, ¿quieren? Es tan repugnante... Sí, estoy saliendo con Daniel. Es mi novio. Mi pareja. O como lo quieran llamar.

—¡Esto es el colmo!

—¿Eso crees?

—¿Eres sordo o qué? ¡Lo acabo de decir!

—El golpe que le dio a la mesa esta vez hizo que el vaso se volteara y cayera al suelo. Julia entró nerviosa a recoger el desastre.

—Lo dices porque no es lo que naturalmente debería ser, ¿no? Mamá, ¡por Dios!

—¡Octavio! —gritó. Mi padre le miró. En ese intercambio de miradas hubo una silenciosa conversación. Sin embargo, antes de que él pudiera decir algo. Entró una llamada en su celular.

—Debo atender esto —dijo mientras se levantaba y se alejaba de nosotros. La conversación se extendió un par de minutos. Él miró su reloj como si confirmara la hora. Luego colgó—. Se presentó un asunto importante en la compañía.

Se acercó directamente a mí.

—En cuanto a este asunto, jovencito —susurró—. Eres mi hijo, eso es un hecho. No puedo ni te voy a reprochar que quieras hacer con tu vida lo que te venga en gana. Pero dada la imagen pública, a mi hijo le gustan las mujeres. Eso no se discute. Lo mismo quiero que se lo hagas saber a tu amiguito, noviecito o lo que sea. Sus juegos de niños no van a manchar nuestro apellido, al menos no públicamente. ¡Amanda, vámonos, se nos hace tarde!

Capítulo 7

DANIEL

28 de septiembre de 2014

Después de clases, fui a hacer el mercado con mi mamá.

Era algo que hacíamos mensualmente. Comprábamos todo lo que necesitábamos en casa para no tener que salir múltiples veces por la misma razón.

Más allá de ser una responsabilidad familiar, me gustaba salir con ella. Como casi siempre estábamos ocupados o cansados para compartir realmente como familia, días como este, a pesar de ser rutinarios, nos servían muchísimo para ponernos al día con calma.

Y hablando de familia, ella es lo único que tengo. A mi padre nunca lo conocí. Solo sé que es un imbécil que nunca aprendió a hacerse responsables de sus actos.

Mami me contó que el día que él se enteró que sería padre, le dijo que él no se amarraría la vida con nadie, y se fue. Desapareció. Más nunca se supo de él. Lo único que he de tener claro es que, si hasta ahora ha estado actuando como siempre lo ha hecho, debo tener más de un hermano esparcido por allí. De todas formas, me interesa un carajo todo lo que se relacione con él. Si no le importó mi existencia, ¿por qué yo debería siquiera tener un pensamiento de la suya?

Siempre y cuando no se meta con mi madre, no tendremos problema.

A mis abuelos tampoco los conocí; fallecieron cuando yo era bebé. Los únicos recuerdos de ellos quedaron registrados en fotografías en las que se veían contentos, cargándome en sus brazos. De vez en cuando me pregunto cómo habrían sido las cosas si estuvieran vivos.

A pesar de que esos eventos le dejaron claro a mi mamá que su vida no sería color de rosas, siguió adelante. Aceptó los retos y los superó.

En un principio cambió por completo su estilo de vida y se adaptó a la nueva situación.

Afortunadamente, en términos financieros nunca tuvo problemas. Gracias a sus conocimientos de administración y leyes, cualquier empresa la recibía con los brazos abiertos. Si un trabajo terminaba, en cuestión de minutos ya estaba recibiendo una llamada para una nueva entrevista.

Hoy día no paro de agradecerle por todo lo que hizo por mí, y la felicito por ser una madre que nunca descuido sus responsabilidades.

*

Tan pronto llegué a casa, tomé mi celular para escribirle a Gabriel y saber cómo estaba antes de darme una ducha.

A decir verdad, todo seguía igual que antes, la única diferencia era que nos mostrábamos afecto cuando estábamos solos. Además, solíamos conversar constantemente sobre cómo llevar la relación por el camino correcto y no arrepentirnos de nada.

Después de secarme, colocarme el paño y considerar la posibilidad de cortarme pronto el cabello porque ya me estaba cubriendo un poco la vista, el sonido indicando que había llegado un mensaje alcanzó mi oído. Si es Gabriel, debe esperar. Voy a mi sesión de cuidado facial y ni siquiera por él voy a interrumpirla.

No me había visto bien al espejo cuando solté una maldición por lo bajo. Un grano estaba apareciendo en mi mejilla izquierda. Grandioso. Quién sabe cuántos días tendré que soportar este «timbre» en mi rostro y a Jorge burlándose y contando chistes sin gracia sobre esto. Aunque, si lo trato a tiempo, desaparecerá antes de que sea más notable.

Sin vestirme, solo con el paño que seguía cubriéndome la cintura, fui a la cama. Tomé el control del aire acondicionado y ajusté la temperatura.

Últimamente ha estado haciendo demasiado frío, obligándome a dormir en la cama porque la sábana no pasa más de quince minutos quieta a mi lado, amaneciendo en el suelo.

Finalmente, agarré el celular y confirmé que el mensaje pertenecía a Gabriel, preguntando si podía llamarme. «Si quieres podemos vernos», le respondí.

Aceptó al instante.

Media hora después.

—Daniel —gritó mi madre desde la sala—. Llegó Gabrielito. Pasa, mi cielo. Salí tan rápido como una bala, disimulando mi emoción, y vi que ambos conversaban tranquilamente. Mi mamá le hacía cumplidos a Gabo por cómo estaba vestido. Sonreí sin darme cuenta. Era cierto. Hoy se veía más lindo de lo normal.

Como de costumbre, ejecutamos nuestro saludo de manos y lo abracé. Su perfume asaltó mi nariz al instante. De todos los que tenía, ese era mi favorito, y a pesar de ser cítrico, era agradable al olfato y permanecía en

el cuerpo mucho tiempo.

Aprovechando que mamá había ido a la cocina, le susurré.

—Estás hermoso —me alejé antes de continuar—. ¡Ma! Saldré con Gabo un rato. Regreso en un par de horas. Por cierto, él se quedará a cenar.

Le guiñé el ojo.

Por un momento me dio la impresión de que sus orejas se habían enrojecido.

Él asintió.

—Perfecto —respondió mi madre—. Prepararé todo de una vez. ¡Cuídense!

Nos besó la mejilla a cada uno y regresó a la cocina.

Antes de salir, aproveché nuevamente la ausencia de mami para besarle los labios. Él abrió los ojos de par en par.

—V-vamos —respondió después de golpearme suavemente el pecho.

*

Fuimos al centro comercial.

Como era domingo, el lugar estaba lleno de gente. Por todas partes podías ver grupos o filas de personas esperando ser atendidas.

Caminamos un largo rato, contemplando todo antes de finalmente comprar un par de bebidas y sentarnos a disfrutar a tarde.

—¿Ocurre algo? —pregunté al ver el extenso silencio en el que se había sumido Gabriel. Sacudió la cabeza y sonrió.

Su sonrisa era forzada.

Eso es algo que aprendió a hacer desde pequeño. Con ese gesto buscaba hacerle creer a la gente que no le ocurría nada. Los años le ayudaron a pulir esa habilidad hasta el punto de no dejar ver a través de ella. Todo parecía natural e inofensivo para muchos.

Sin embargo, mis años conociéndolo me han vuelto inmune a ello.

—¿Tus padres?

No respondió. Solo se mordió el labio inferior como si buscara reprimir algo.

—El viernes hablé con ellos —habló tras un rato de silencio, y comenzó a contarme hasta el más mínimo detalle lo que había ocurrido.

La mezcla de indiferencia y expresiones de asombro exageradas que generaban un asco increíble parecían estar en el rango de reacciones que imaginé tendrían.

Al mismo tiempo me situaba en el lugar de Gabo, imaginando cómo debió haberse sentido al enfrentar sin apoyo a sus verdugos.

—Se comportaron tal y como imaginé. Pero las palabras de mi padre fueron algo que me paralizaron.

—¿Qué dijo?

—«Dada la imagen pública, a mi hijo le gustan las mujeres» acompañado de «Sus juegos de niños no van a manchar nuestro apellido, al menos no públicamente».

—¡Qué desgraciado! —dije involuntariamente—. Lo siento.

—No te preocupes. Lo que no me explico es por qué esto me afecta más de lo que imaginé.

—Son tus padres. En el fondo esperabas un poco más de comprensión de tu parte. El apoyo familiar es lo primero que buscamos cada que enfrentamos alguna dificultad.

—Quién sabe —suspiró—. Pero eso no fue todo. Esa misma noche mi padre me hizo ir a su despacho. Mi madre también estaba presente. El instante en que la vi, tuve un mal presentimiento. Sus ojos mostraban una arrogancia y una burla aterradora.

Sin darle importancia a la gente que había a nuestro alrededor, tomé la mano de Gabriel. Temblaba y sudaba.

Joder. ¿Qué clase de padres atormentan a su hijo? En lugar de padres, ¿no estaría bien llamarlos demonios?

—Dijeron que tolerarían mi decisión —habló después de calmar su respiración agitada.

—Por lo menos...

—¡Daniel! Hablamos de mis padres. —A través de un apretón lleno de fuerza, Gabriel me transmitió todas las emociones que lo cubrían. Enojo, ira, impotencia, dolor—. Ellos siempre ganan. Si aceptan algo, es porque

tienen un plan. Y no porque yo sea su hijo harán excepciones... Me presentaron una condición.

Textualmente, los padres de Gabriel dijeron lo siguiente:

«Vivimos en un país donde esas aberraciones, actos contra natura, no son permitidos abiertamente ni están bien vistos. Gracias a Dios que es así. Además de eso, tenemos una imagen que mantener. Los Rodríguez jamás hemos enfrentado un escándalo tan inmoral como este. Nuestro apellido se vería manchado por culpa de tus aventuras de niño caprichoso. Y eso no lo podemos permitir. Así que, como te dijo tu padre esta mañana, para el público, a ti te gustan las mujeres—y lo mismo debe aplicar ese muchachito. Por eso, en máximo de año y medio, debes estar casándote. Lo normal es que fuéramos nosotros quienes eligiéramos a la candidata, pero “respetando” tu decisión de que no controlemos tu vida, te concedemos el derecho de escoger. De esa forma, todos salimos ganando. Tú sigues con tu aventurita con ese Daniel. Y no tendremos que enfrentar ninguna situación desagradable».

Esas palabras fueron como un si sobre mí hubiese caído un montón de agua helada.

—¿Qué... les dijiste? —pronuncié despacio, conteniendo la ira en ascenso en mi interior.

—¿Crees que estaba en posición de decirles algo?

—¿Aceptaste como si nada?

—¿Qué habrías hecho tú?

Pensé cuidadosamente lo que diría. No quería que una mala elección de palabras jodiera todo cuando apenas comienza.

—No lo sé. Pero hay algo que sí es seguro. —Respiré hondo al ver que los ojos de Gabriel se habían enrojecido—. No estás solo. De una forma u otra saldremos de toda esta mierda. ¿Bien? Y cuando lo hagamos, nos reiremos en la cara de tus padres ante su derrota. Ahora cambia esa cara, y vamos a casa. Mamá debe estar esperando.

*

De camino a casa, en el taxi, no dejé de sujetar la mano de Gabriel. Él iba apoyado sobre mi hombro, ignorando por completo al conductor. Aunque a decir verdad, él no nos prestó atención.

Cuando llegamos, mamá todavía cocinando. Dijo que estaría en unos veinte minutos, así que fuimos a mi cuarto a esperar. Pasamos casi todo

el rato hablando pendejadas y riéndonos.

Me levanté de pronto. Gabriel me miró con sorpresa y se sentó en el borde de la cama. Cuando hizo eso, me acerqué y coloqué mis manos sobre sus rodillas.

Con picardía, lo besé. Él respondió el beso. Eso continuó durante un rato hasta que la voz de mi mamá desde la cocina nos interrumpió. Saqué rápidamente la mano de debajo del suéter de Gabo y él retiró la suya que había comenzado a descender por mi espalda.

*

La cena estuvo deliciosa.

La apatía que había notado en Gabriel disminuyó hasta ser casi imperceptible.

Creo que tendré que repetir más momentos así mientras encontrábamos una solución definitiva a sus conflictos.

Capítulo 8

CARLA

02 de octubre de 2014

—¿Dan?

—¿Dime?

—Necesito tu ayuda. Veámonos en media hora en el bar junto a la estación del metro.

Colgué la llamada sin esperar respuesta de mi amigo.

En mi cabeza seguía reproduciéndose toda la desagradable escena con la que había iniciado mi día. Agh... Creo que ni siquiera entrando a un ring de boxeo o asistiendo como combatiente en una arena de pelea callejera podría ser capaz de descargar toda la rabia que llevaba por dentro. Incluso ahora veía a la gente y bajaba la mirada al instante porque sentía que perdería el control de mí misma y me entraría a golpes con el primero que se me atravesase.

Con el poco sentido de razonamiento que se esforzaba por ayudarme a no cometer una locura, me obligué a inhalar y exhalar un par de veces para después llamar a mi amigo.

A decir verdad, requería de sus consejos. Quería confirmar con la opinión de otros que la decisión que tomé hoy fue la correcta, y contaba con su apoyo. Sin embargo, me sentía un poco apenada por arrastrarlo a mis problemas cuando sé que ha de estar estresado con sus asuntos mayormente académicos.

*

Daniel llegó puntual. Gabo lo acompañaba.

—¿Qué significa esto, Carla? —preguntó Gabriel—. ¿Ni siquiera es fin de semana y ya te estás emborrachando?

—Necesitaba algo para calmarme —dije.

—¿Con cuatro botellas de cerveza?

Estaba molesto.

—Gabo —interrumpió Daniel—. Tampoco me gusta esto, pero

escuchémosla primero.

—Sabes que no hay justificación válida para esto.

Se sentaron. Sus miradas me atravesaban como dos pares de rayos láser. Parecían verdugos que, sin decirlo, solicitaban una explicación antes de ejecutarme. Hablé.

—Discutí con mamá.

—¿De nuevo por el trabajo? —preguntó Dan.

—Sí. Pero esta vez se excedió. En lugar de reclamarme por no haber continuado mis estudios y esa clase de cosas, se le ocurrió la brillante idea de ofenderme diciendo que he durado en este trabajo porque me acuesto con todos los hombres que trabajan conmigo. ¡Bonita mierda!

—Baja la voz. La gente nos mira.

Cuando Dan dijo eso, giré la cabeza por reflejo. Por un breve instante, las personas nos vieron con extrañeza.

«¿Qué pecado habré cometido para estar pagándolo con algo tan cruel?», «¿Estás preparándote para acostarte con el próximo?», «Si no es por la plata, debe ser que esos hombres cogen magnífico. ¿Me consigues uno?», «No sabía que tenías madera de prostituta», «Y pensar que dejaste el bachillerato por algo como esto».

Mi madre siempre solía decir cosas de ese nivel para ofenderme.

—Si tan solo me lo hubiese dicho a mí nada más. Pero no. aprovechó que mi papá fue a visitarme, y yo estaba atendiendo una llamada de mi jefe, para liberar su repertorio.

—Mierda —habló Dan mientras que Gabo solo se cubrió la boca. Se ruborizó al punto de parecer un tomate.

Ciertamente, mi mamá no tiene pelos en la lengua. Si algo no le gusta, expresa su descontento con un tono de voz tan alto que fácilmente se puede confundir con un grito. Y si está alterada, la situación es peor.

Una vez, los vecinos llamaron a la policía porque pensaron que estaban asaltando mi casa. Cuando los oficiales llegaron y vieron que solo se trataba de una acalorada discusión con de mis padres quedaron perplejos. El motivo de tal escándalo fue por unos mensajes de la amante que mi papá tenía en esa época burlándose de mi mamá.

Para colmo de males, ella en lugar de calmarse y aclarar la situación,

también agredió y ofendió a los oficiales.

Estuvieron a nada de llevarla detenida por su comportamiento.

Ese mismo día, mi padre decidió divorciarse de mi mamá. Lo triste de todo es que no lo hizo por su amante.

«Si esta fue su reacción por algo así, no quiero imaginar qué será capaz de hacer si se enfrenta a una situación más grave. Por eso, mi niña, quiero evitar los riesgos... Sé que un día me entenderás», fueron sus palabras de despedida. ¡Hoy, después de cinco años, le doy la razón!

Me siento igual que se sintió él en ese entonces.

—Dame eso acá —dijo Gabriel, quitándome la botella de las manos—. ¿Y tu papá no hizo nada?

—No. Si decía algo, mi mamá se lo habría tragado a gritos. En un momento ella quiso arrastrarlo a la discusión. Hasta lo insultó y le arrojó cosas cerca de los pies. Pero él simplemente se levantó y se fue. Pero no los hice venir para escuchar mis quejas... Los llamé por algo mayor.

—No sé qué sea, pero cuenta conmigo.

—Y conmigo también. —Se incluyó Gabo.

—Gracias, chicos. Con todo esto, me di cuenta de que no puedo seguir permitiendo que ella me trate así. No tengo paz ni privacidad. Siento que esta es la gota que colmó el vaso. Por eso, antes de que ocurriera algo peor, decidí irme de casa.

Pausé un instante. Respiré hondo un par de veces antes de continuar.

—Sin embargo, mi papá no puede recibirme. Se mudará fuera de la ciudad por cuestiones de trabajo, y no sé cuánto tiempo esté ausente. Esa era la razón por la que fue hoy a la casa... En fin, como ya mi decisión fue tomada, y no cambiaría de parecer, pensé en ti, Dan. Para ver si...

—Por supuesto. —Afirmó—. En mi casa puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Mamá también estará encantada de recibirte.

—Aunque no sea el mejor momento, en mi casa también puedes quedarte. —Intervino Gabriel, revelando una completa sinceridad—. El cuarto de huéspedes está disponible. Siempre que lo necesites, será tuyo.

—Gracias, chicos —dije, sintiendo como algo cálido recorría mi mejilla—.

De todas formas será mientras consigo una habitación.

—¿Necesitas ayuda para buscar tus cosas? Podemos acompañarte.

—Propuso Daniel.

—No es necesario. Tengo mis cosas en la oficina.

—Entiendo. Le avisaré a mamá que te quedarás en casa.

Como si tuviese un acelerador en los dedos, Dan escribió y envió un mensaje. Con una sonrisa de oreja a oreja, giró el celular para enseñarme algo.

—Mira. Mamá ya se emocionó.

—Gracias. De verdad. —El alivio que sentía no me permitía decir otra cosa que no fuera agradecimiento.

—No seas tonta. Y no vayas a llorar, por favor, que después Gabriel se te une.

Solté una carcajada al ver cómo Gabriel le daba un manotazo en el brazo a Dan.

—Por cierto. Me sorprende verlos juntos. ¿Ya terminaron con el estrés de las clases?

—En realidad sí lo estamos —aclaró Gabriel—. Cuando llamaste, yo ayudaba a Dan con unos consejos de oratoria. Y ya que venía para acá, decidí venir con él para hablar contigo también.

—¿Sí? ¿Y qué puede ser?

—Mírala. Tan bonita que es y cómo le encanta un chisme.

—Dan, justo ahora estoy imaginando cómo se verían mis cinco dedos marcados en tu cara —Miré mi palma y comencé a acariciarla mientras le hablaba a mi amigo con intención de abofetearlo.

—El caso es que... —Intentó comenzar Gabriel.

—Estamos saliendo.

Daniel volvió a sonreír ampliamente. Sus dientes tan blancos como perlas aparecieron en su boca. Su alegría era contagiosa.

—Por fin —dije. Aunque mi respuesta daba la impresión de que eso era algo que me esperaba, por dentro me asombraba la rapidez con la que se dio todo, teniendo en cuenta de que Daniel estaba notablemente inseguro

hacía menos de dos semanas—. ¿Desde cuándo?

—Dos semanas —respondió Gabriel, ocultando su expresión detrás de la pantalla de su celular. Sin embargo, sus orejas enrojecidas lo delataron.

—Me alegro por los dos. En serio. Pero...

—¿Pero?

—Hay algo que no entiendo.

Cambié abruptamente de expresión, haciéndolo parecer que algo de ese tema me inquietaba. Los dos chicos ante mí me miraron fijamente, confundidos.

—¿Por qué carajos dejaste pasar tanto tiempo para contarme? ¡Dos semanas, Daniel! ¡Dos semanas! ¡Hablamos hace menos de cinco días y no me contaste!

Desafortunadamente, mi intento de fingir estar molesta no funcionó. Daniel de inmediato puso cara de «¡No jodas, Carla! ¡¿En serio?!». Contuve la risa y miré por la ventana. Al otro lado del cristal, personas yendo de un lado a otro, y cruzando la calle en cuanto los vehículos se detenían.

—No más bromas. Sinceramente me alegro por dar ese primer paso. Y hablo de ti, Gabrielito. Eres el más callado y fuiste el que tomó la iniciativa.

—¿Y a mí no me van a felicitar? —Se quejó Dan.

—No. ¿Y por qué lo han tenido en secreto?

—Primero, porque el asunto de los proyectos apenas si nos deja tiempo para escribirnos. Sin decirte mentiras, esta es nuestra tercera «cita».

—Segundo —continuó Gabo—, lo hemos callado porque estamos evaluando si todo esto funciona, al menos en su fase inicial.

—¿Quieren decir que no lo piensan contar a nadie más?

—Sí lo haremos. Por ahora a Jorge, David y mami. Gabriel propuso que fuera el día de su cumpleaños en mi casa.

—Un momento. ¿En tu casa, el mismo día? —No pude ocultar mi sorpresa.

Desde que conozco a Gabriel, todos sus cumpleaños, al igual que el de su hermano y sus padres, han sido celebrados por todo lo alto en su mansión. Nunca ha habido excepciones a esa regla. Incluso invitaban a la prensa para convertirse en el tema de la semana, y tener espacios en los diarios donde elogiaban a los Rodríguez.

A pesar de disfrutar de esos eventos como parte del círculo social de Gabriel y José David, nosotros preparábamos una pequeña reunión en casa de Daniel para celebrar por nuestra cuenta sus cumpleaños.

Que Gabo diga que celebrará su cumpleaños en casa de Dan significa que algo debió haber ocurrido.

—Eso es otra cosa que no te he contado.

—Comenzó Gabriel—. Discutí con mis padres.

—¿Qué?

Daniel asintió. Se tocó la oreja derecha con el dedo índice, indicándome que escuchara.

—Sí. Finalmente decidí establecer límites sobre mi vida y aproveché de contarles que estoy saliendo con Dan, pero las cosas no salieron del todo bien. Creo que la cagué. Pero lo hecho, hecho está. El caso es que entre las cosas que cambiaré, se encuentra lo de mi cumpleaños.

—¿Y se los dijiste?

—No. —Sacudió la cabeza—. Dejaré que se lleven su sorpresa después que hayan organizado todo.

—Pagaría por ver eso.

Todos reímos. La conversación concluyó allí. No quería hacer más preguntas. Temía que todavía le incomodara hablar del tema.

—Se me hace tarde —dije, levantándome y recogiendo mi bolso que estaba junto a mis pies desde que llegué—. Debo ir a la agencia a buscar mis cosas. No se preocupen por mí, mi jefe me llevará de regreso.

Con un beso en la mejilla a cada uno, y abrazándolos al mismo tiempo, continué.

—Estoy feliz de que hayan decidido darse la oportunidad. Les deseo lo mejor. Espero me inviten como madrina de bodas cuando se casen.

Se ruborizaron los dos. Luego se miraron y se echaron a reír.

—Nos vemos más tarde, Dan.

Capítulo 9

GABRIEL

10 de octubre de 2014

Cada vez es menos el tiempo que queda para graduarnos. La tensión se siente en el ambiente. Los profesores han pasado toda la semana reuniéndose con todos los estudiantes del último año, individual o grupalmente, para finiquitar los detalles de los proyectos finales, o dar el visto bueno a aquellos trabajos que ya fueron concluidos.

Considerando que en el instituto donde estudia Dan ha ocurrido algo similar, podría decir que era un mismo cronograma para los colegios del país. Solo una cosa parecía ser manejada de forma diferente: las visitas a las universidades para iniciar los trámites de ingreso.

Gracias a una especie de acuerdo que existe entre universidades e institutos de bachillerato, los estudiantes del último año pueden acelerar el proceso para continuar sus estudios superiores.

Para ello, era indispensable realizar la solicitud con dos meses de anticipación.

Aquellos más afortunados —académicamente hablando—, tenían mayores posibilidades de ser elegidos para beneficiarse de algunas de las becas disponibles.

Nada de esto era opcional. Así como el proyecto que ha estado a punto de hacer llorar a muchos por su aparente dificultad, esta solicitud también era un requisito para poder graduarnos.

Por esa razón, hoy viernes, Daniel y yo nos encontrábamos en la entrada de la Universidad Central.

A diferencia de Daniel, que pisaba este lugar por primera vez, yo ya lo conocía de pies a cabeza. Han sido tantas las veces que mis padres reservaban el salón de eventos de esta universidad para festejar alguna ocasión especial de la empresa o para impartir algún seminario que beneficiara a los estudiantes de algunas carreras, que me conozco todos los pasillos, entradas y salidas disponibles.

Ustedes ya saben, aprovechando cualquier momento para mejorar su imagen pública.

—Gabo —mientras subíamos los amplios escalones de piedra blanca que

guiaban a la entrada, Daniel habló.

—Dime.

—¿Sabes qué se me antoja?

—¿Comer, dormir?

—No.

—¿Entonces?

—Darte un besito —respondió sin siquiera voltear. Mantenía la vista hacia adelante, sacando pecho, y caminando de forma imponente. Hasta su cara tenía una expresión de seriedad falsa.

—Cuando estemos en un sitio menos públicos, y no estemos ocupados —dije.

—Pero es que yo quiero ahora mismo.

—¡No, chico! ¿Estás loco? Nos pueden ver.

—¿Y a mí qué me importa?

—La primera impresión cuenta. Recuerda que esto es importante. Y no pongas esa cara que no me convencerás.

Entramos.

Aún era temprano, por lo que no se veía mucha gente por los pasillos. Los pocos que había estaban sentados en algún rincón, conversando. Hablando con un profesor, o simplemente entretenidos con sus celulares, esperando la hora de la clase.

De pronto, Daniel detuvo sus pasos.

Miró un pasillo a la izquierda y caminó hacia él. Luego se situó delante de los retratos de todos los rectores que ha tenido la universidad hasta la actualidad. Mientras fingía estar interesado en ellos...

—¿Y si entramos un momentito allí? —dijo, tirando de la manga de mi camisa en un intento de convencerme de entrar por la puerta que estaba al final de ese mismo pasillo.

—No, Daniel. Esa es la sala de profesores —suspiré—. Vamos.

—¿A dónde?

—Sígueme y punto.

Lo saqué casi a la fuerza. Quizá fue por lo que dije antes sobre la primera impresión que se comportó un poco.

Valiéndome de mis conocimientos del lugar, subimos por unas escaleras de caracol hasta el tercer piso. Después de allí, atravesamos varios pasillos hasta llegar a una puerta plateada con un letrero en blanco y negro que decía «SALÓN DE DISEÑO». Miré hacia ambos lados. No había nadie cerca. Daniel me veía, confundido.

Abrí cuidadosamente la puerta, rogando que el interior también estuviese vacío.

Y lo estaba. Lo único que había dentro eran mesas acomodadas con una aterradora perfección, y montones de trabajos artísticos de diferentes tamaños. En realidad el lugar parecía un museo y no un salón de clases.

Tiré del brazo de Dan con notable rapidez, y cerré la puerta detrás de nosotros.

Sin permitirme hablar, Daniel empujó contra la pared.

—No te aguantaste, ¿eh? —Me besó con fuerza. Como si él fuese una persona perdida en un desierto y mi boca el oasis que consigue cuando ya estaba a punto de perder el conocimiento.

Nuestros labios jugaron un par de minutos. Yo mordía los suyos, él reía y acercaba su cuerpo al mío. Sus manos sujetaron violentamente mis glúteos.

—Feliz cumpleaños, Aurorita —dijo, sin separar sus labios de los míos.

—No me gusta que me...

Mi queja se vio interrumpida en cuanto reanudó el beso. Su lengua abriéndose paso hacia mi boca, queriendo entrelazarse con la mía.

—Daniel, no. —En cuanto sus manos intentaban desabrochar mi pantalón, las detuve.

—No te vi en toda la semana. Solo un momentito...

—No, te dije. Este no es lugar para eso.

—Con adrenalina todo es más interesante.

—Mira la hora. Debemos presentarnos en la oficina del director.

Me liberé de su agarre y creé una pequeña distancia entre nosotros. Continué hablando.

—Recuerda que eres tú el que será entrevistado, no yo.

—Aguafiestas —bufó—. Lo dejaré pasar porque es tu cumpleaños. Vamos, sal tú primero.

En el instante en que le di la espalda para abrir la puerta, me tomó por la cintura y se arrimó a mí. Su intención fue más que obvia.

—Esto es culpa tuya —dijo.

—Tú solito te buscaste eso.

—Sí, como digas. ¡La próxima vez no te salvas!

—Eso lo veremos.

Concluí.

Después de eso, Daniel se comportó como debía.

*

—Cumpleaños feliz, te deseamos a ti, cumpleaños, Gabo...

—Qué sigas cumpliendo muchos años más.

—Vamos, pide un deseo.

—Rápido, la vela se apagará.

—Ni se les ocurra empujarme la cara en el pastel, porque los mato.

Estábamos en casa de Daniel, celebrando mi cumpleaños. Era una vieja costumbre que desarrollamos desde el momento en que se profundizó nuestra amistad. Cada que alguno de nosotros cumplía año, nos reuníamos aquí y festejábamos todo con un ambiente mucho más íntimo y familiar.

O al menos así era para mí.

Todos los cumpleaños celebrados en mi casa eran un completo asco. Carecía de todo, principalmente de sinceridad. Eran tan insulsos que hablar de ello causaba un desagrado considerable.

Mis padres organizaban enormes fiestas sin importarles la cantidad de dinero que se gastase en ello. Contrataban lo mejor de lo mejor: decoradores, cocineros, bandas musicales, bailarines.

Lo más incómodo de todo eran los invitados. Gente que tenía la seguridad de no haber visto en mi vida se me acercaban, haciendo énfasis en cuánto había crecido desde la última vez que supieron de mí.

Y, obvio, la prensa posicionada en todos los rincones del lugar, registrando y capturando cada momento.

Se sentía como un infierno.

El hecho de tener a mis amigos acompañándome en esos momentos era lo que me ayudaba a tolerar a mis padres y sus excentricidades. Y después que iniciaron las reuniones aquí en casa de Dan comencé a apreciar mis cumpleaños.

Sin embargo, ese ciclo de disgustos se rompió hoy.

A diferencia de las veces anteriores, esta vez no esperamos dos días después de celebrarlo en mi casa, sino que preparamos todo para festejar mi cumpleaños el día que era.

Este acto de «rebeldía» era una de las formas de dejarles claro a mis padres que las cosas serían diferentes a partir de ahora.

Cuando fui con Daniel a buscar ropa en mi casa y vimos a todas las personas encargadas de organizar la fiesta moverse de un lado a otro, él me preguntó si estaba seguro de mi decisión.

En ese momento solo asentí, a pesar que la realidad era otra. Estaba totalmente seguro de lo que hacía, de eso no había dudas. Lo que me preocupaba eran las consecuencias. Pero eso es algo en lo que pensaré después. Justo ahora, sentía una paz y felicidad inexplicables.

Además, se trataba del primer cumpleaños lleno de alegría junto a las personas que de verdad me importan, y principalmente del chico del que estaba seguro amaría por el resto de mi vida.

—¡Oigan! —grité en el momento en que apagué la vela. No me habían empujado la cara contra el pastel. Al contrario, se pusieron de acuerdo, menos la mamá de Dan, para llenarse los dedos de crema y pasármelos

por la cara.

—Jorge, ¡foto, rápido!

—Ni se les ocurra —advertí, tratando de cubrirme la cara con las manos.

—No te salvarás... ¡Pequeñín, ayúdame!

—Carla y mi hermano se tomaron por los brazos y de una forma tan sutil lograron simular que estábamos abrazándonos. Daniel se situó detrás de mí y alzó mi cabeza para que mirara la cámara.

—¡Digam whisky!

—¡Whisky!

—Me las van a pagar. Gracias, señora Marta —dije, recibiendo de las manos de la mamá de Dan un paño húmedo—. A usted no puedo decirle nada. Sé que jamás se prestaría para los planes de estos inmaduros.

—Si supieras que fue su idea —comentó Carla secándose la lágrima que le había aparecido de tanto reírse. Jorge y José estaban igual.

—¿En serio?

La mujer delante de mí sacó la lengua y me guiñó un ojo antes de dirigirle una mirada asesina a su hijo.

Cuando regresó la seriedad, cortamos el pastel.

Entre conversaciones, las bebidas, los dulces, el pastel, la música variada que sonaba en el equipo de sonido y las fotos de mi cara llena de crema azul y verde siendo subidas a Facebook, me dejé llevar por la tranquilidad que sentía en el momento, olvidándome completamente de lo demás.

Esta alegría permanecerá en mí unas cuantas semanas.

—Vengan acá todos —dijo Dan, acercándose a mí. De inmediato, la señora Marta y Carla salieron de la cocina, Jorge volteó y José David colocó su celular a un lado.

—Hay algo que queremos decirles.

—¿Ajá? —Carla, a pesar de saber de qué se trataba, fingió curiosidad. No sé si fue mi impresión, pero pareció guiñarme el ojo.

La mamá de Dan fue la última en sentarse, se secaba las manos con el delantal que llevaba puesto para no ensuciarse la ropa al lavar los trastes.

—Desde hace un par de semanas —comencé—, Daniel y yo estamos saliendo.

—Tres semanas, para ser exactos —declaró, mientras se recostaba sobre mi hombro.

—No entiendo. ¿Ustedes dos son...?

—Sí, Jorge —le interrumpió Dan al ver la exagerada expresión de sorpresa que nuestro amigo el casanova mostraba—. Somos novios.

—¿Ah? ¿Y esas conversaciones sobre mujeres que teníamos?

—Solo tú hablabas de ellas. Nosotros, bueno, yo, no formé parte de tus desagradables opiniones.

—Ni yo—añadí—. No de una forma tan directa como tú.

—Pero ambos frecuentaban mujeres.

—Que lo hiciéramos no significaba que tuviéramos otros intereses.

Jorge nos analizaba. Su cara comenzaba a hablar por sí sola. Y antes de que dijera algo fuera de lugar, nos adelantamos.

—Ni se te ocurra pensar cosas que no son cuando nos cambiábamos juntos o cosas similares durante nuestras salidas. Porque NO, no te miraba.

—Mucho menos teníamos fantasías contigo. En lo personal, a mí no me inspiras ni un mal pensamiento.

Todos nos reímos. La más escandalosa fue Carla con sus carcajadas. Jorge se avergonzó un poco.

—¿Ves? No soy la única que no te ve atractivo.

—Me alegro que se sinceraran —comentó la mamá de Dan antes de acercársenos, abrazarnos y darnos un beso—. Estoy contentísima de que persigan su felicidad.

—Gracias, mamá. ¿José? ¿Por qué tan callado?

—Yo ya sabía —respondió. Seguía sin cambiar su expresión.

—¿Cómo? Carla, ¿le contaste?

—No, no he hablado con él desde hace días.

—No fue ella —intervino mi hermano—. Lo escuché cuando mamá y papá hablaban contigo.

—Lamento que te enteraras de esa forma. No debió ser agradable. ¿Y por qué no me dijiste nada?

—No me gusta meterme en los asuntos de otros, Gabriel. Si no lo hiciste tú, y esperaste hasta hoy, es porque tenías tus razones. Habría sido incómodo.

Así era mi hermano. Solo se interesaba por lo que le ocurría a él. Si acontecía algo que involucraba a otras personas, él se enteraría solo si se lo contaban.

—Sea como sea, te apoyo, y cuentas conmigo siempre. Además, estás en buenas manos —concluyó, mirando a Daniel y dirigiéndole una sonrisa al tiempo que asentía.

Capítulo 10

CARLA

10 de octubre de 2014

No tengo ni la menor idea de lo que acabo de hacer.

Llevo más de media hora dando vueltas en la cama, conteniendo las ganas de hablar conmigo misma, cuestionarme o quizá reclamarme por actuar sin pensar, para no despertar a Daniel quien dormía como un niño en su hamaca. ¡Bravo, Carla! Tu acción de hoy ha reducido tus horas de sueño a la mitad.

Sin embargo, una parte de mí cree que otros en mi posición habría hecho o considerado lo mismo que yo. Entiéndanme, es mi mejor amigo. No me habría perdonado quedarme de brazos cruzados, viéndolos sucumbir ante sus problemas. Y mucho menos si en mis manos había una pequeña posibilidad de ayudarlo.

*

Después que Jorge se fue, hubo un momento en que Daniel, Gabo y yo estábamos sentados en el jardín. Hacía un frío de mil demonios, y lo peor del caso era que yo andaba sin suéter. Sin exagerar, sentía como si los poros de mi piel se fuesen cubriendo por una fina capa de hielo. Aun así, no me acobardé ni entré a la casa.

Como veía que Daniel y Gabriel estaban en silencio, escuchando música, y el ambiente no se percibía tenso en lo más mínimo, me antojé de hablar.

—¿Gabo?

—¿Dime?

—¿Cómo han estado las cosas en tu casa? —pregunté.

—Carla —interrumpió Dan—. ¿Podemos dejar esta conversación para mañana, quizá?

—¿Qué diferencia habrá?

—Ninguna. —Miró a Gabriel, e inmediatamente su frente se arrugó—. Pero el día de hoy es especial para él y para mí, no quisiera que se arruinara.

—Dan, lo entiendo a la perfección. Sé que me estoy entrometiendo más

de lo que debería...

—No es eso.

—Escúchame... Me preocupa Gabriel. Aunque no lo digan, sé que pasa algo. Los conozco lo suficiente como para saber que están angustiados y con miedo de no poder resolver un problema.

Ambos fruncieron el ceño e intercambiaron una mirada. Daniel, poniendo sus ojos en blanco por un breve instante, quiso decir algo, pero Gabriel lo detuvo. Luego asintió.

—¿Estás seguro? —pregunto Daniel.

—Aunque no me gusta que se involucren demasiado en los problemas de mi familia, ella tiene razón. Esto va más allá de lo que podemos manejar... Además, el día no se dañará por contarle.

*

Gabriel se tomó su tiempo para explicar lo que ocurría. Aunque por momentos hablaba con una serenidad y firmeza increíbles, no faltaron las extensas pausas que hacía para no saltarse detalles importantes o quizá controlar sus emociones. Cuando se trababa, Daniel continuaba para darle tiempo de respirar.

El esfuerzo que ambos aplicaban para hablar era digno de admirar.

La situación era tan delicada que me sorprendió ver a Gabriel ser tan vulnerable. Era la primera vez en mucho tiempo que lo veía así.

La impotencia acumulada en su interior fue liberada en forma de llanto. Inmediatamente, Daniel lo abrazó para consolarlo.

Se dice que la vida no hay nada que cause más dolor y tristeza que ver a tu madre llorar. Tienen razón. No importa la clase de persona que seas, nunca te gustaría ver al ser que te dio la vida en un estado tan frágil.

No obstante, yo consideraba que lo mismo debía decirse de tus mejores amigos. Personas que han reído y llorado contigo, celebrando tus victorias y fracasos, compartido tus cargas, e incluso aconsejándote y apoyándote a lo largo de tu vida representan una parte tan importante de ti, que el hecho de verlos en mal estado no te permite sentirte bien si ellos no lo están.

Y justo ahora, siendo testigo de cómo dos de ellos estaban colapsando por un problema mayor me hacía sentir como si mi corazón se estuviese

rompiendo en trozos tan pequeños que repararlo sería una labor enorme.

Digo. No es justo lo que está ocurriéndole a Gabriel.

Me cuesta creer que la vida sea tan injusta con él dándole unos padres tan mierdas, que ni siquiera se preocupaban por la estabilidad emocional de sus hijos.

—¿Y han pensado en algo? —pregunté.

—¿Crees que se puede pensar en algo?

—Daniel. Es insólito que tú, de todas las personas, estés resignándote.

—¿Crees que se puede solventar esto sin causar más daño?

—No lo sé, pero se hace el intento.

—Sabes igual que yo de quiénes hablamos.

—Carla —intervino Gabriel, secándose un poco las lágrimas con la manga de su suéter—. Lo mismo que le dije a Dan, te lo digo a ti. Mis padres nunca pierden. Si ellos te piden saltar de un puente, debes hacerlo. Si no, te amarran y te arrojan al vacío.

—Ah... Significa que harán lo que tus padres dicen, y ya. —Miré a Daniel. Sin quererlo, mi voz se hizo notablemente más severa y fuerte—. Y tú, Dan. Solo te quedarás sin hacer nada. Viendo cómo tu relación, tu futuro y felicidad se van directamente a la mierda porque se rindieron ante el primer obstáculo; porque la pared es demasiado alta e impotente y les da miedo enfrentarla. ¿No es así?

—Carla —Daniel se levantó casi como una fiera. Un poco más y sus ojos expulsarían llamas, devorándome viva—. Tú piensas que, por mi comportamiento, yo estoy tranquilo con esto. Y no es así. En este preciso instante, siento unas enormes ganas de partirle la cara a ese señor, para que entienda que su hijo no es un trapo sucio al que puede estar zarandeando de un lado a otro porque le da la gana. Que vea que es un ser humano como todos los demás, quien siente y sufre al ver cómo sus padres lo ignoran por completo. Pero no hago nada porque el daño ya causado aumentaría.

Gabriel guardaba silencio. Solo estaba tratando de aplacar al airado Daniel, tomándolo del brazo.

—Eso no justifica nada —remarqué.

—No lo hace. Pero mires por dónde mires, en estos momentos todo se reduce a una sola cosa. Cumplir con la condición.

—Es increíble que tú, de todas las personas, estés diciendo eso.

Mi cabeza estaba comenzando a dolerme un poco.

Masajeé mis sienes con mi mano izquierda mientras procesaba todo. Me parecía insólito que hasta el más optimista de mis amigos mostrase señales de resignarse.

Claro, aunque te parezca imposible desafiar a una de las familias más ricas de la ciudad e ir contra sus decisiones, no es así. Cosas como estas suelen tener solución. Es solo que cuesta un poco más salir victorioso de esa batalla.

—Hmm. La solución es simple. Sigámosles el juego a tus padres, Gabo.

—¿Cómo así? —preguntaron ambos casi al mismo tiempo.

—Dijiste que tienes permiso de elegir a la candidata, ¿cierto?

—Sí.

—Perfecto —apludí, y una voz alegre salió de mi boca mientras continuaba—. Yo seré tu candidata.

—¡NO!

—Nada de eso.

Una reacción inmediata. Negación rotunda.

La luz de las bombillas que caía sobre nosotros resaltó la estupefacción en los rostros de esos dos chicos.

—Demasiado tarde —afirmé—. Como ustedes solo saben someterse a lo que otros digan, esto debe ser pan comido.

—No mezcles las cosas, Carla. No puedo aceptarlo.

—¿Por qué? Iluminame, Gabo.

—¿Todavía lo preguntas? Eres mi mejor amiga. No me perdonaría joderte la vida. Tu futuro se vería comprometido e incluso truncado si haces esto... ¿Y si más adelante llega el amor a tu puerta?

Sacudió la cabeza como si quisiera deshacerse de algo que le hubiese caído encima. Continuó.

—Este matrimonio acordado no puede hacerle daño a más personas que quiero.

—Correré el riesgo. —Me le acerqué y le besé la mejilla. Sus brazos me rodearon y ejercieron gran fuerza. Una vez más comenzó a sollozar.

—Todo estará bien, mi cielo.

—Quiero creer que es así.

—Así será —dije—. Y me hacen el favor de cambiar esas caras. Ni que fuera el fin del mundo. Saldremos juntos de esta. Y otra cosa...

Suspiré.

—Mantengamos esto en secreto. Como un plan de contingencia. Tengamos fe de que esos viejos hijos de puta cambiarán de opinión.

—Está bien.

—¿Lo ven? Sonriendo se ven más lindos.

¡Dios! Solo te pido que en sus rostros siempre haya una expresión de felicidad.

*

Eso fue lo que ocurrió.

Sé que quizá la cagué. Actué por impulso. Y es altamente probable que me arrepienta más adelante... Pero no hoy.